

El largo alcance del fin

FLORIANO MARTINS



LP 5
EDITORIA

© Floriano Martins, 2025
© Edición digital, 2025
© del prólogo de César Bisso

LP5 Editora
Colección Poesía para descargar
mendia.gladys@gmail.com
www.lp5.cl

Imagen de portada: Floriano Martins y Gladys Mendía.
Diseño y diagramación: Floriano Martins y Gladys Mendía.

El largo alcance del fin
está bajo la licencia
Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-
SinObraDerivada 4.0 Internacional



EL LARGO ALCANCE DEL FIN

Florianio Martins

*El hombre ya no duda de sí mismo.
Ya no prepara leña para sobrevivir el invierno.
Dedica su vida a liberarse de lo que una vez fue.*

FM



IMAGINAR LA REALIDAD

*Un pañuelo que cae puede ser para el poeta la palanca
con la cual levantará todo un universo*

APOLLINAIRE, 1917

Cuando ocurre una ruptura matrimonial es difícil comprobar quién es el culpable del fracaso. La mayoría de las veces la falla proviene de uno de los cónyuges, aunque no exime al otro de culpabilidad. En el reino de la poesía no hay ruptura, porque la mecánica funciona al revés: el poeta siempre se considera culpable y el poema jamás repara sus errores.

Este prolegómeno condice con mi argumento para explicar cómo funciona un poeta para pensar el mundo, mientras resiste la adversidad de la rutina y la violencia de la ignorancia. Floriano Martins, incesante creador en todos los aspectos del arte, nunca deja de leer y escribir. Lo imagino durmiendo con los ojos abiertos y comiendo con las manos sujetas a un lápiz. Es, como dice ser en sus versos: una locomotora sin rieles, incontrolable, que avanza hacia la luminosa oscuridad. Tal vez sea eso la poesía: un oxímoron constante.

Leo cinco poemarios traducidos del portugués al español por el mismo autor, reunidos en un solo libro y con un título conceptualmente estremecedor: *El largo alcance del fin*. Bajo el fuego de la imaginación se abren a los ojos del lector estremecedores secuencias que encierran un largo discurso, forjado desde una realidad vestida de locura y sueños revestidos de cordura. Su dictado nos dice: la vida es una estúpida barbarie, sólo el poeta puede gratificarla cuando invente algo mejor. Define la vida en tanto sea Tiempo, como algo que pasa. El poeta actúa en ella, en tanto Ser, como sujeto pensante. Heidegger trepado a los hombros de la poesía.

También amerita un párrafo aparte el deseo de Floriano Martins de presentar parte de su obra poética en un idioma que lo siente muy cercano, porque reside en un país donde su habla de origen quedó sola y rodeada por esta lengua que cubrió gran parte del nuevo continente. Un escritor argentino me comentó poco tiempo atrás su preocupación por el escaso conocimiento sobre el andar literario de otros colegas vecinos. Se refería específicamente a la falta de traducciones de la

poesía brasileña actual al español, como así también la escasa presencia de nuevos libros en librerías de nuestro país. Presté atención a esa duda y deduje que ese distanciamiento podía provenir de la compleja situación socioeconómica de las editoriales, pero me incliné a pensar en las implicancias que surgen para un escritor conllevar un lenguaje diferente y transmitirlo a sociedades que se comunican en otra lengua.

Sin el ánimo de explicar las constantes imprecisiones de la historia, infiero que la colonización del continente americano no sólo significó una división geográfica, sino también un rompimiento del lenguaje. Más allá del adoctrinamiento social y religioso a los que fueron sometidos los pueblos originarios, de la discriminación étnica, del reduccionismo cultural y de la pauperización económica, cada hombre y cada mujer debió aceptar el habla de los colonialistas como una nueva forma de comunicación y de orden social. Un sistema de representación simbólica a través de signos y consignas determinadas por el poder del anciano régimen europeo. Y mientras los pueblos quedaban reducidos a pequeños contingentes étnicos, la ola conquistadora se expandía por todas las regiones bajo el mando de la cruz y la espada. Luego comenzó a regir el nombre de cada ciudad, el dominio de los usurpadores de tierras y el uso del idioma oficialmente determinado. Y comenzaron a crearse sociedades hablantes en inglés y francés en el norte; español y portugués en el centro y en el sur. En esa distribución asimétrica, sólo Brasil quedó identificado con el idioma lusitano. Una enorme región de exuberante belleza natural que prevaleció en el tiempo con el habla de adopción y con ella construyó pertenencia, identidad y soberanía cultural. Así, aunque aislada del resto del continente, fue reconocida esa voz melodiosa y sensual que la identifica para siempre. Este hecho histórico también significó que hoy reconozcamos un colosal ensamble de notables poetas, narradores, músicos, pintores, escultores, cantantes y todos los demás exponentes de las múltiples disciplinas del arte.

Es indudable que todo lenguaje resulta clave para definir la dimensión cultural de un país, pero el mundo sigue siendo una pequeña aldea. Para nuestro poeta, Brasil tiene el tamaño de un libro. Su historia termina cuando la poesía se calla. Cualquier país desaparece de la faz de la tierra si no existe un juglar que lo cante y lo haga suyo. El lenguaje es delirio constante, imaginación que rompe los esquemas de cualquier sistema de poder. El surrealismo hizo el mayor esfuerzo entre las grandes guerras y demostró ser más fuerte que aquellos totalitarismos en alza. No necesitó la intolerancia, ni el terror, ni la muerte. Resistió al hambre y la miseria. ¿Cómo es posible que la palabra pujan tan fuerte,

atraviase muros, derrumbe puentes? ¿Hasta dónde llega la voz del poeta? Utiliza la fórmula más sencilla: llegar al Otro. Sólo significa saber mirar alrededor para hallar la verdad. Los bosques representan raíces que crecen y se expanden, no ramas que se cortan y destruyen. Los hombres enfermos de poder pensaron que era más conveniente vivir en el desierto, sin árboles en el medio, para ver las caras de los otros y someterlos. La cobardía del poderoso, el miedo del especulador, la apatía del miserable. Nada más poderoso que hablar, nada más valiente que inventar, nada más vivaz que seguir la senda de lo desconocido.

Poco a poco, las redes tecnológicas nos seducen a potenciar el simulacro de creer que seguimos leyendo y que nada puede ser revertido por nuestro afán de crear nuevos textos sobre una página de papel. Pregonan: ¡dejad los libros de lado, destruid las bibliotecas!, ¡qué transcendencia quieres darle al saber de Hipatia, qué turbios mares pretendes atravesar con Odiseo, para qué te sirve ingresar al Purgatorio del Dante! ¡Ya no existen las grandes gestas, olvídate de todas aquellas que iluminaron la literatura universal! ¡Tampoco le cantes a tu gran amor, sólo míralo y deséalo! El poeta deduce que hoy todo pertenece al submundo de las imágenes. Ver los cuerpos y no tocarlos. La fantasía está fraguada por el éxtasis del consumo. Horas frente a la pantalla, sin expresar sentimiento alguno. El no Tiempo. El no Ser. Y la escritura resiste, porque sabe que sólo la imaginación la librerá del infierno de tanta necedad que aniquila al mundo. Por este camino intrigante nos conduce a ciegas Floriano Martins.

El alma anhelante

Su decir poético es un torbellino de metáforas, de imágenes y convenciones. El pensamiento surreal lo atraviesa. No, en el sentido que sus versos conduzcan al arte de construir un lenguaje disruptivo que intenta perturbar al lector, sino desde un saber que procura decirnos que lo real no es lo que vemos afuera, es lo que está adentro de uno. De eso habla este largo y conspicuo ensayo sobre la verdad de nuestros días, de nuestras almas, de nuestro dudoso mundo. Cinco secciones que operan como capítulos distintivos, donde cada uno resuena como un inventario sagaz, amargo, extravagante. Las criaturas que trajinan la tierra y el cielo soportan el andamio donde Floriano apoya su pulsión. Trabaja apasionadamente. Cada instante de lectura fluye como un regato semántico que nos desafía a meditar el presente, a pensar el devenir con mayor preocupación, a reconfortarnos con la memoria que

tanta provisión ofrece. La palabra es una daga que abre la carne de la conciencia.

¿Hay final? Le preguntamos al poeta. Y él nos contesta como si fuera una alegoría: cuando el hombre ya no dude de sí mismo, cuando ya no prepare leña para sobrevivir el invierno, cuando dedique las horas a liberarse de lo que una vez fue, tal vez alcance el final de su lucha. Así habla su poesía, con la voz siempre altisonante.

Su primer libro, *El expreso de las noches*, invita a un viaje bajo las estrellas, sin que nadie ni nada perturbe esa ceremonia secreta, porque las noches viajan solas, sin fantasmas, sin sueños, sin ángeles. Ni siquiera el poeta sabe dónde despierta el nuevo amanecer. Meditación, conjeturas, ir y regresar a través de la incertidumbre del vacío. Revelarse contra la extinción de la realidad, como un tren que se agita sobre los mares de la insatisfacción, guiado por la memoria de los ausentes y la desolada esperanza de los naufragos. ¿Acaso puede un tren navegar? Todo es posible cuando la poesía se torna abismal, como un canto *poundiano* que golpea con su martillo de cristal la mesa de un mundo que se ufana por ser *carnicería de heroísmo* y sólo es un vertedero de imposibilidad, cobardía, ignorancia, miseria, hambre, violencia, olvido, muerte.

Floriano Martins encuentra motivos para creer en la vida llana: un día de pesca, picnic con sus hijos, contemplación del jardín, helechos que crecen y amapolas que embellecen la tarde y perfuman la piel de la mujer amada. También el arte de pertenecer a un mundo mejor está aquí, en las cosas sencillas, palpables, las que aún iluminan los ojos de Dios. El poeta nunca se resignará a morir ahogado en la oscuridad. En medio de una asombrosa isla de pensamientos, donde el horror aún escupe la sangre de la historia deforme, su imaginación tiene la astucia de adivinar el destino de la humanidad. Sólo su voz puede anunciar al final de la noche el milagro de un nuevo día.

Su segundo libro, *La derrota de las causas*, es otro acertijo: buscar las claves para expresar otros aspectos de la angustia. ¿Adónde nos quiere conducir el creador por este crucial camino a lo desconocido? Una prosa poética compacta y directa insinúa convencernos que el mundo es una fábula. Desde allí se comienza a desandar un desfiladero de conceptos sobre el mito de la supervivencia de los cuerpos: amar a Beatriz o a Jandira, imploran los versos, sin que importe si son nombres que brillan en la comedia de Alighieri o en el poema erótico de Murilo Mendes. No hay bondad ni maldad. Es el surgente de la belleza.

Florianio Martins aspira adueñarse de la necesidad de seguir amando y creyendo más allá de las decisiones engañosas de los dioses. Y replica: *Toma mis pechos entre tus manos. El mundo se vuelve mucho más grande cuando me tocas.* Se entrevera en la turbulencia de los sexos, en la efervescencia del placer. A la vez, sostiene el paciente anhelo de saber esperar lo que vendrá. La historia de los enciclopedistas son oraciones sospechosas que laceran los oráculos. Poco le sirve a la poesía. Ella inventa lo inesperado. Es una flecha perversa que atraviesa el corazón de la diosa blanca. Nada cambiará nuestra vida, no hay infierno ni estrellas, sólo muerte futura.

El tercer libro, *La escritura en la niebla*, sugiere un cambio de rumbo lírico. Un alto voltaje de metáforas impera en esta profunda reflexión de Florianio Martins acerca de la condición existencial del poeta. Nos ubica frente al espejo, para ver lo que no somos, lo que no existe. La página en blanco es el único espejo donde se ve reflejada la musa, donde su voz se desliza desde los carbones, brota como camalote a la deriva, alza vuelo en busca de una nueva emoción. El mundo no le pesa al poeta, lo apesadumbra la revelación de la injusticia, lo que no puede liberar la sensatez del silencio. Ahora, la escritura se constituye en una mujer que nos invita a descubrir su cuerpo. Una mujer puede transformarse en una ciudad, en un país, en el universo de los sueños. Una mujer deja huellas en el alma, en las vísceras, en los labios, en el serpenteo de cada sílaba pronunciada en honor a su existencia. También una mujer puede ser la negación de la realidad, la verdad sepultada debajo de la lluvia, la dolorosa noche de la derrota frente al espejo. Tan frágil como la vida es la promesa de los dioses. Nos crearon humanos para que no dejemos de mirarnos y vernos siempre iguales. El poder del veneno de la vanidad. Y lo consumimos hasta el hartazgo. No hay salvación en los espejos, como tampoco lo hay en la escritura, aunque el poeta siga buscando la luz en medio de la niebla.

Su cuarto libro, *Los zapatos del viento*, proyecta hacia el lector una tensión inusitada, no sólo por el tono informal, sino también por la resonancia de sus percepciones. Con trazos breves y sutiles, el poeta predica a viva voz los alcances del fin. Ningún mundo que imaginemos será perfecto. Siempre habrá más mentiras que verdades, más imprecaciones que bendiciones, más demonios que ángeles. El relato de los sabios agoniza en las garras de los *estafadores de la fe*. Nadie duerme al fondo del infierno, ni siquiera la muerte se atreve a despertar. Somos hijos del caos, compadecemos el dolor de sociedades atómicas, alzamos

resignados el plato de comida que la justicia divina deja en la puerta de barrios aterrados. Un largo río de insatisfacciones muerde las pútridas orillas de las ciudades. Entonces el poeta pregunta: *¿Nos convoca el arte a esto?* Quizá abra los ojos y sienta que no hay nada mejor en este instante que saborear un buen vino otoñal, mientras el puño redacta nuevos pensamientos metafísicos sobre la arena del desierto y bellas imágenes transforman el tenebroso mundo que llevamos dentro en un fabuloso arcoíris.

El título *La inutilidad del caos* representa la quinta parte del portentoso inventario de Floriano Martins. ¿Ha llegado la hora de tomar conciencia que somos débiles mortales camino a la perdición? La larga caravana de luces y sombras desciende de lo más alto de la noche para convertirse en un ejército de laboriosas hormigas. Ellas sostendrán el futuro sin nosotros, debajo de la tierra, junto a los cadáveres y las raíces de árboles fosilizados. El fin ya no es un mito literario; forma parte de una imaginación desecha por los déspotas de turno. Ya no caben las utopías en el oráculo. Jerusalén y Gaza se han desprendido del abrazo satánico y yacen en el olvido. Las pantallas se apagaron y las guerras perdieron la razón de ser. Nadie cuenta los muertos. Sellaron los labios de víctimas y victimarios. La victoria será sepultada por el silencio de la culpa. La derrota ya intuye la demolición de las estatuas. Sin héroes y sin amantes, todos quedamos anclados en el mismo barro. Quedan las piedras, el agua enferma, el sueño del aire, la euforia del fuego. Civilizaciones, profetas, naves espaciales, inteligencias de artificio, plagas, salmos, banderas, todo vale para bosquejar las huellas borrosas de la historia. Ni Dios ni el hombre encuentran lugar entre los últimos susurros del universo. La magia del reloj adelanta la oscuridad y ni siquiera el Diablo, que tristemente se hamaca en el trapecio de la infamia, quiere atrasar la hora. Pronto asistiremos al último genocidio de todos los siglos. El poeta contempla, afila el lápiz, escribe. Para él sobra tiempo.

El sonido de la conciencia

Pese a tanta malicia y vulgaridad esparcida por un sistema de poder que aniquila la condición humana del poeta, Floriano Martins tuvo la capacidad de dar un paso al costado y amalgamar sus textos de una manera sólida y aluvional, respetando su propia impronta lingüística. Alucinado por los pesares del presente, pudo construir un discurso

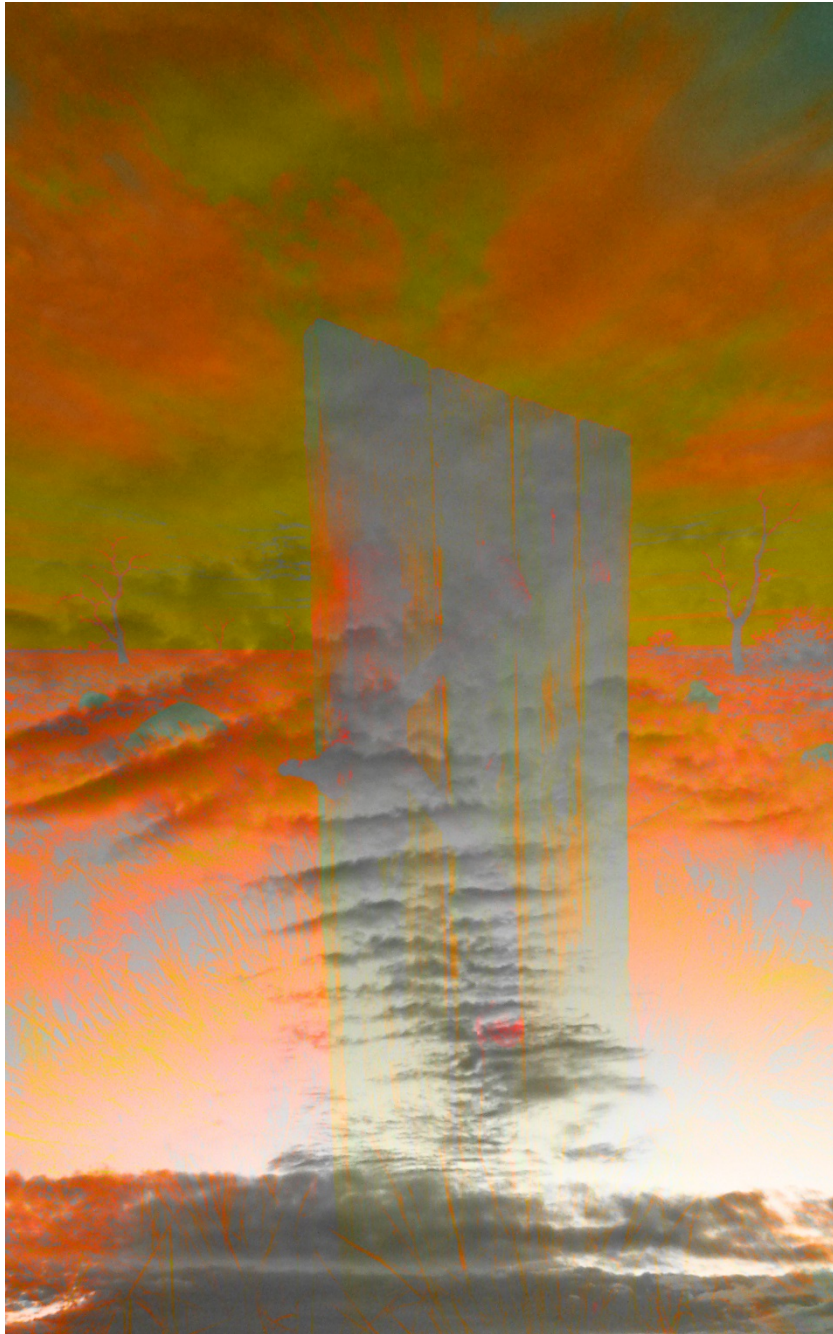
incisivo, que convive con la imaginación y la realidad, pero que enfrenta con estupor y coraje las atrocidades del mundo. El sentido apocalíptico sostiene el argumento de este singular poemario, pero también rescata la elocuencia de un ingenioso cultor del arte de la palabra. Ya sea en portugués o en español, nuestro lenguaje poético habla de una sola manera y traduce en simultáneo las mismas verdades. Podríamos decir que la profundidad del pensamiento no es opacada por el tono surrealista de los versos; por el contrario, el vigoroso trazo del poeta ha logrado mantenerse en vilo a lo largo de todo el texto. Enaltece su decir.

El largo alcance del fin no es un libro escrito por la urgencia del deseo o la presunción del profeta. Tampoco adhiere a ningún dogma, ni religión, ni postura insurrecta. Menos aún, a perseguir brujas y fantasmas. Está hecho a flor de piel, bajo el tórrido sol de la libertad y la justicia que concede la palabra poética. Su escritura fortalece nuestro encuentro con la verdad, que sólo podremos hallar en nosotros mismos. Y nos conmueve su duelo con la realidad, la cual deberíamos revertir como un guante, desde adentro hacia afuera. No hay otra instancia para sostener dignamente la conciencia entre tantas desdichas y malas intenciones. De allí, la transcendencia de la poesía: dice lo que ve.

Para este lector, no queda nada de donde pueda explicar el motivo esencial que llevó a Floriano Martins a concebir la idea de mirar al mundo desde el fondo del poema. No es un simulacro de la creación; es un decir certero, un relámpago de palabras que denuncia la existencia de los siete pecados capitales que reinan entre nosotros. No todos los humanos pueden sonreír ante la fortuna, no todos conviven en la hipocresía y el cinismo, no todos combaten la miseria y el hambre, no todos son portadores de piedad. Pero, gracias al sonido de la conciencia, siempre existirá el buen amor que repara y enaltece el alma de los infelices.

Aprecio la sinceridad de nuestro poeta. Este libro significa el comienzo de otra vida que sucede dentro suyo. Lo anima a continuar un sendero de flores y espinas. No buscando el rumbo, sino amparado por la luz de la sabiduría. Y por más que lo culpen, nunca lo hallarán culpable.

César Bisso



LIBRO # 1

EL EXPRESO DE LAS NOCHES

*meditación que me quema en las brasas,
soy dolor y alegría de conocerme.*

JORGE DE LIMA

Cada día las noches parecen más sorprendidas por sus sueños. A veces viajan solas, cruzando los dedos para no llegar a su destino. Las noches están tan hambrientas de espejos que se empujan entre los mapas salvajes del tiempo para que al menos una pueda identificarlas. Desde lejos se oye el crujido de la memoria al ser devorada por las noches. Pero ¿dónde se esconde realmente esta distancia, si la memoria es como una esponja que absorbe cada fragmento del inconsciente? Nadie lo sabe. Y cuando vemos pasar el expreso nocturno, el mundo se desgasta ante nuestros ojos, sin que haya tiempo de encontrar una razón para estas sombras de rostros degradados. No hay forma de capturar un solo gesto. Incluso el azar lleva consigo el diagrama de sus letras impulsivas. La mirada de quienes drenan sus vicios en el terreno aplastado de las estaciones. Si es cierto que las noches albergan el torbellino de sus almas, quizás también sea sincera la farsa con la que nos liberamos de los dolores disueltos mientras esperamos que pase el drama desequilibrado de la soledad. Una noche más sin despertar y puedo ver que el sueño se vuelve impermanente. Antes de eso vemos la oscuridad pintando a tiempos irregulares, en el galope silencioso de las tormentas, el gran lienzo que ocupa toda la rugosidad desnuda del cielo. Entre imitaciones, presagios y fantasmas, hay mucho que imaginar. Sin embargo, una llama de desviaciones recorre la columna vertebral del insomnio y muchos se animan a rascar las manecillas de sus relojes e inventariar los pequeños milagros olvidados. Así es como algunos han aprendido a fingir que las luces son disfraces de la entropía. Lo que está más allá del alcance de la luz es una imagen enfermiza que olvida sus líneas a la hora del ensayo. Tal vez así el mundo florecerá en una nueva ilusión con cada frívolo desfalco de su exterminio. Cada día las noches acortan los sueños. Como si la oscuridad mintiera sobre sus ausencias. Como si nos retiráramos ante la precaria morbilidad del infierno. Como si la tristeza amara su cadáver hasta el punto de querer embalsamarlo. El declive de las órbitas

convierte a los amantes en oráculos fugaces de rostros ilegibles. Cada uno de nosotros, al menos en tránsito, desea pertenecer a alguna esfera. Un vagón de palabras inciertas. Una duda sobre la intersección de sexos y ultrajes. Ropa mal doblada en cajones, violada por insectos. Nadie sabe cuántas veces han sido atropelladas por un espectáculo. A cuántas tramas corresponden, aunque todos las ignoren. ¿Sería el turno de un monstruo de recorrer los cauces ocupados por yuntas que chupan la resina de tan amarga lujuria? Nadie sabe cuántos caballos se llevó la eternidad en este depravado viaje. Miro y sé que las ratas salen de la alcantarilla, una noche tras otra. Las alcantarillas son mi invención. Todos saben que las noches vagan por el universo con sus insaciables bocas de locomotora que deja tiempo atrás a cada instante. Ninguno de nosotros mira un árbol como si estuviéramos ante lo sobrenatural. Si muestro mi rostro inmerso en un espejo, alguien podría sentirse invitado al sexo o a alguna otra forma de diálogo, o tal vez la idea es que todos asistimos a la fiesta del nacimiento de una isla. ¿No es atroz que el tiempo se revele como esta asombrosa forma de extinción de la realidad? ¿Qué estamos dejando atrás? ¿Cómo sobrevive entre tantos rostros depredadores que se alimentan del vacío? Dentro del tren, las noches se transforman en cualquier elemento que evoquemos. El gran peligro de la vida –ese pétalo errático de la filosofía– son los vacíos forzados. Los jirones de lenguaje que no hemos aprendido a descifrar. El obituario de los sentidos que perdemos entre un silencio y otro. La jugosa versión de las realidades que escapan a la retina. Las noches saben hojear el infierno tatuado en las espaldas de las almas. Las noches escalan con precisión el abismo del tedio y la insatisfacción. Las noches hacen reaparecer sus colas cercenadas en la naturaleza. Cuando el viento llega y se agita, declara que puede acabar con todo en cualquier momento. Es entonces cuando todos se encuentran camino al vagón restaurante para una última copa. Y una subida frenética como esa, en su desesperanza abatida, no puede conducir al licor de la inmortalidad, se beba o no. Por eso hay quienes piensan que las noches son un instituto de farsas. Y piden que al menos esas últimas maletas de vuelo encontradas en la bodega durante el inventario más reciente se dejen

intactas. Debe haber una pequeña asociación de neófitos bajo alguna tabla del suelo que cree que la disonancia es la gran madre del sonido, el vivero de temas recuperados, el aliento aún indeciso de los certificados de terquedad. En cualquier caso, las noches son un continente listo para recoger a todos los náufragos. Los cuerpos diseccionados por la miseria. La carne desgarrada en camas sucias. Omóplatos sin nervios ni plegarias. Gritos de terror en los pasillos. Noches, noches, con sus pronunciaciones lastimeras, ¿cuántas veces debo regresar de tus azotes, cegado por los gritos de tus metales rozando contra los rieles, casi tan desesperado como un dios que ha perdido sus brasas, el sudario sucio y el bautismo de sus hijos aterrorizados? A veces no hay suficiente contingencia para un regreso. A veces incluso el futuro es una rueda desgastada del tiempo. Cada vez que veo tu cuerpo impreso en la mosquitera, imagino cuántas veces nacimos con la misma tela. Recuerdo que nos dijeron que el mundo había comenzado hace mucho tiempo y que tal vez nunca alcanzaríamos nuestros primeros recuerdos. Me dijiste que la memoria es una ilusión. Un espectro y un escalofrío. Una lección de tormento que despierta el día para que aprenda a evitar lo que el destino le depara. ¿Cómo masticar los propios huesos? ¿Cómo decir no a la propia agonía y despreciar las deudas del tiempo? Me enseñaste a pasar las páginas de la ira, las tenues lámparas de la angustia, las arias de una melancolía azotada por la desesperación. Me enseñaste tanto que, entre las lecciones, una de ellas decía que debía llenar un barco de piratas y desaparecer de tu lámpara. Los mares son así. Como las noches. No importa el origen de la tierra ni la vigilia. Las noches son iguales. Un torrente de males y aristas hambrientas que inventa más de lo que acoge, una chispa a veces dispersa de todo lo que recogimos en bolsas para el viaje, los granos radiantes, la disonante maldición de la esperanza, las penurias que nos trajeron hasta aquí, el cocinero con el brazo mutilado –las hierbas que nos sirvió como si replantara bosques en nuestras almas–, el banco de estrellas que por la noche eran la única riqueza que se burlaba de nuestra agonía. Los rostros inquietos que no sonreían, todo parecía girar en un presente solitario y sin voz, como la primera rutina diaria de los pájaros

desplumados en la gran mesa de la cocina, el afilado metal de los cuchillos mutilando los fantasmas de esos gansos, patos y ánades reales con los ojos vendados que se enfrentan al viaje especiado hacia el plato de los invitados de última hora. Estas son las notas temblorosas del diario que no conoce otro camino: incompletas como el suspiro que baraja las sombras y no espera a que las aguas –que bajan del cielo a la olla– traigan noticias de otros banquetes, otras almas disonantes como los muros que se desmoronan y los vitrales de capillas sepultadas por casualidad. Los antecedentes de la agonía humana son solo una fuente innumerable de reflexiones. Oh labios de diversión, danza de sabiduría prescindible, ¿cuántas veces copulan las virtudes con el templo ambiguo de sus máscaras? La última carta que escribí a Dios fue la única en recibir respuesta. Un manuscrito afilado, cada letra me hacía sangrar al tocarla. Estaba puliendo mi idea del mundo en esas tres páginas. Quién hubiera pensado que este terrible personaje me escribiría, incluso fingiendo –las grandes verdades siempre se ocultan hasta el último hilo– y desahogándose sobre el sueño que los hombres le arrebataron. En un párrafo me dijo dónde encontrar a los pobres seres despreciados: los puentes rotos, el animado mercado de peces voladores, la fatiga de los olvidadizos; pero todos ellos, con sus piernas agotadas, ya formaban parte del naufragio doméstico. Ningún Dios puede enseñarnos sobre el suelo que nos falta. El mito tiene el aire ingenuo de alguien cansado de comprender el mundo que lo rodea. Lo mismo ocurre con los santos, los videntes, los sirvientes del infierno y las noches de grandes tormentas. ¿Cuántas alas bastan para hacer inflexible el vuelo? ¿Quién de nosotros no querría estar aquí en cualquier momento? Estas preocupaciones vienen de lejos. Son refugios inquebrantables para los que están afuera. El pequeño caos de las aguas profundas. La sopa que se calienta mientras los duendes se disfrazan y mienten sobre sus nombres y orígenes. Alguna vez fuimos así. Cuerpo dentro del fuego. Llanto enguantado hasta la muerte. Desierto alimentándose de nubes. Muertos a los que nos parecemos. Los suicidas y sus pestañas silenciosas. ¿Cómo me describes el alma? El vacío antes del orgasmo. Chicos robando los labios del cielo. El manicomio cuyo trabajo nunca

termina. El regreso de los inspectores del abismo. El paquete dejado en la puerta. Los embriones de escaparates ciegos. El último día indefinido. Los intervalos entre cada pérdida. Una oscura tubería de agua transporta los espejismos de una pesadilla que parecen surgir de la nada. Pero todos sabemos que la virtud y el crimen no mezclan sus lágrimas. Todo ser vivo colabora con la caída desesperada de su copia. Cuando el día oscurece, siempre hay un árbol con sus hojas dormidas que describe el infierno como la última luz extinguida antes de que la imagen enferma se retuerza en la cama del hospital. Una lágrima, una oración temprana, un beso en la frente de los muertos dado antes de que el tiempo apague sus máquinas. La muerte es como un destino. Sabe el momento preciso en que debe ser cantada. Tus virtudes no caben en mis ojos. Todo en nuestro mundo existe al revés. Todos los cuerpos son pájaros negros mortales. El mundo es una carnicería de heroísmo. Sin embargo, todos los cuervos tienen pupilas descarnadas, como si intentaran absorber el espíritu de los muertos. Esta es una metáfora de la humanidad perdida. Los cuervos solo satisfacen el hambre. El mundo viaja en contra de lo que imaginamos y no todos los héroes deberían ser enterrados en la curva del camino. Las leyendas se repiten como los gritos y los huesos de los animales. No le daré nombre a este mundo. Leyendo a Jorge de Lima, en cierto momento reproduce un salmo penitencial: *Desde lo profundo clamé a ti, Señor.* Enfurecido o disfrazado, no le diré al dolor lo que espero de él. Estamos cayendo. No importa qué idioma hablemos o lo que podamos decir en una lengua que se entienda en otra. Somos indiferentes al insomnio ajeno, incluso al grado de depravación que el otro ha alcanzado. Solo hemos aprendido a tocar los ritmos del caos y el castigo. Tal vez algunos hayan aprendido a amar. Los sufrimientos del abismo, las agujas ciegas, la risa del diablo, el vinagre tiñendo la alegría de un rostro a otro, los cielos recogiendo las conchitas en la playa, mi nombre, el tuyo, nadie lo sabe, nadie lo dice, los nombres se contienen en sí mismos, y aún tenemos que descubrir los metales de la maravilla. Uno de nosotros siempre ha quedado en algún lugar, un orfanato, un bosque, un vertedero, una tierra donde el olvido siembra las diversas muertes posibles. Los dolores son reales,

los infiernos son visibles, el aire está contaminado por la blasfemia y la impiedad. Repito tres veces el nombre de cada personaje horrible que me niega. No sé cuántas veces la muerte –Dios, pólvora, dardo envenenado– deletrea en nuestros corazones un silencio que no habíamos escrito. Las nubes se esconden de sí mismas. Por la mañana fui a pescar. Llevé a mis hijos, la risa de dos de sus amigos, un pequeño picnic y la idea de que un día no sería suficiente para contener los colores de tanta alegría. Quizás así somos. Un viaje matutino y el día aprende a crecer en nosotros. Las ruedas del tiempo abren espacio en lo desconocido y nuestra certeza de pequeñas escenas que revelarán trabajo y abismos, luces y recuerdos, el valor intrínseco de una combinación de almas. Estaba destinado a ser así, y poco a poco nos dimos cuenta de que era así. El día no termina en sí mismo. Como un milagro una agonía. Por la mañana, los cuerpos esperan en silencio agua y azúcar. Mi forma de ver el mundo es muy simple. Barro el porche y la acera. Una inmensa acacia imperial abraza la entrada de la casa y la recojo en mis gestos de gratitud. Los pájaros me ven barrer y comienzan a cantar pidiendo agua y semillas. Quise hablar con ellos, pero hay pocas señales que nos entendamos en el idioma del otro. Sé cuándo me dicen: *queremos alpiste*, pero no sé si me entienden cuando les digo: *ahora canten*. Aun así, el mundo en el que vivimos se ha definido por la ausencia de comunicación. El poder no comunica. El poder impone sus manchas. Las luces protestan porque ya no proporcionan al patio oscuro ni al interior de la casa un mapa que se pueda seguir, sino una intermitencia donde un lugar puede llevar a otro. ¿Cómo podemos saber? ¿Qué podemos desafiar? ¿Cómo podemos aceptar y describir nuestra propia ignorancia? Nadie es responsable de mí. Nadie se deshace del final antes de mí. Nadie me ofende antes o después del final. Nadie almacena su propio final dentro de sí mismo... Hay pastoras en todas partes, personas que sufren esta decantación del espíritu y salen a tocar puertas donde el pasado nunca estará presente. Un día hablé con una de ellas. Un fantasma. *Si Dios está aquí con nosotros, ¿quién estará con el prójimo?* Qué tontería. Dios no está en ninguna parte. Sin embargo, su respuesta fue curiosa: *la verdad que es válida*

para quienes sienten es válida para quienes piensan. Dios no necesita estar en ningún sitio. El acero me aplasta, el hierro me angustia, el bronce estimula mi reproducción. Sé que puedo ser muchas, entre una idea y otra de renacimiento. Ya ni siquiera necesito renacer. Lo que soy se reproduce de tal manera que cualquier vergüenza, en la más mínima noción de existencia, puede freír todos los huevos de nuestro desayuno. Seguiré aquí. ¿Dónde crecemos y dónde nos repetimos? Quizás sea hora de contar una historia. La imaginación produce la agonía de su propia expresión. Quiero saber qué quiere la imaginación de nosotros. El arte está por debajo del deseo. Creo la imprecisión de lo que soy. Una maleta olvidada en la estación. Las últimas frases de una canción que no supe escribir. Tu salto, desnudo ante mí, yo, vestido de gala, imaginando un sí. ¡Qué demonios, qué luces improvisadas! Ni siquiera sé tu nombre, y me haces disfrutar como el más alto inesperado. Es posible que yo sea ese hilo de luz que va del cielo hasta el coxis de tu cuerpo y sus escaleras luminosas. Debo estar en algún lugar. Tu verso es de un anhelo que nos invita a todos a compartir un momento mágico con este hombre, que se nos ofrece, y a quien vemos ahora, y que podría ser la cláusula feliz de nuestro ser en la vida. Mi forma de ver el mundo es muy simple. Como las noches que rompen la cáscara de sus huevos asomada al horizonte. Como las luces que convencen a las escaleras de alcanzar ciertos niveles de anhelo. Cuando te veo, la arcilla agoniza en busca de formas que aún no he podido darle. Cuando las visiones comentan los restos desordenados de sus destellos. Cuando las cenizas huyen del viento en busca de un cuerpo a través del cual puedan revivir. Hay muchas ruinas a nuestros pies, cada vez que pasamos por los caminos recién abiertos y una bandada de pastores que seducen a los pájaros que emergen del pecho de las musas que confesarán la miopía de sus pecados más recientes. Se suponía que sería así: una montaña batiendo sus alas queriendo al menos anunciar nuevas tormentas. Se suponía que sería un romance secreto entre cinceles que refutarían a los últimos escultores del Papa. Los regalos se burlan del tiempo. Nada es nuevo, reciente o último en su calendario desmoronado. Viajo por las praderas del aburrimiento y las distancias pasadas de un espejo a otro.

Las palabras tiemblan en nuestros labios como agua que refleja los dolores del paisaje exhausto. ¿Cuántos crímenes comete cada angustia ante los climas envejecidos, los desiertos banales y las estrellas amargas que se reúnen en torno a un grito lacónico que imita el colapso de los glaciares? ¿Cuántos de nosotros viviremos hasta la ceguera más completa de la humanidad? Disfrazamos cada palabra con los engranajes de la incertidumbre. Orfeo recoge las pequeñas lunas plateadas que se encuentran en los bolsillos de los niños muertos. Cada continente sangra su color llevado al colmo de la locura. Las noches diseccionan pesadillas hasta el último rastro de calcio en mis miedos. Ningún abismo nos da más placer ver. Con su piel quemada decorada con trampas y suciedad, los abismos son como idiomas que han olvidado cómo hablar. El ombligo de Dios, el pene retorcido del Diablo, un séquito mecánico de ángeles y demonios... Mientras camina, el gigante Atlas da la vuelta al mundo, pero no sabe hacia dónde dar su siguiente paso. ¿En las cuerdas más sueltas del circo, en las máscaras más atrevidas de un teatro abandonado, en las escaleras que han perdido la noción de lo que está arriba abajo? ¿Cómo podemos reanudar vuelos que han perdido su destino? Mientras nuevos infiernos florecen, esperamos la coherencia del azar. Las noches son para burlar a las sombras. Desde lejos vemos péndulos perdiendo sus conchas, flores convirtiéndose en heno, labios permitiendo la entrada de afluentes que obstruyen la lengua con moluscos. Comí un alce esta mañana. Encontramos un ornitorrinco enterrado en el cobertizo. Dos lunas tan tristes, siamesas, que escaparon del museo de rarezas de una infancia rara. Ángeles con pecados enjaulados. Orgasmos embalsamados. Faquires que fecundan a sus boas constrictoras. Las garras furtivas de un pez espada. Las palomas esclavas de enanos sádicos. *¿Quién quiere pasar la noche en mi tienda?*, preguntó la frágil mujer desnuda, rascándose el bigote; la sombra gris de su vello púbico alucinaba la idea de un mundo perfecto. Las calles eran horadadas por la magia rudimentaria de los gitanos con sus burros cargados de cuentas. La realidad, llena de espuma, se desprendía de nuestra mirada aterrorizada. Los verbos rasgaban sus oscuros resortes. *Quiero uno de esos*

monitos, le rogó el niño a su madre por el simio en miniatura que tocaba el tambor. *Quiero esa muñeca que se ríe al apretarle la barriga*, fue el turno de la niña de tirar de la falda de su madre, dejando caer la piruleta al suelo. El mundo siempre nos habla con palabras que luego se olvidan. El argumento más terrible es el que justifica la ignorancia por no haber estado allí, en el momento en que ocurrió lo impensable. En verdad, nunca estamos en el lugar que nos atormenta el recuerdo. Nadie puede liberarnos de él. Seamos respetuosos con esta dama, que nos conoce tan bien y puede llevarnos de vuelta al engaño de los párpados cerrados o a la mazmorra de los enigmas extraviados. Dicen que allí se amontonan los huesos y no corresponden a lo que esperamos de ellos. Los salmos se arrastran fuera de su guarida. Las oraciones duermen en ataúdes. Ninguno de nosotros está predestinado a la mejora. Ni siquiera a la caída. La esperanza nos hace caer de gatas en un montón de basura. Los centauros suplican, cuando lo único que queremos es salir vivos de esa ilusión. Si llueve, las profundidades más delirantes guardan una lágrima pegada al borde del ojo. Si la sequía, por el contrario, nos deja la piel desierta, los pedazos de nuestra alma condenan la blasfemia. Hay una alegoría temblorosa, suspirante, casi deformada, que nos lleva a creer que la geografía una vez fue trascendente, que podíamos viajar por la inmensidad sin que las formas se desvanecieran a nuestro paso. Un río, por muchas cabezas que tuviera, no devastó las nubes de vísceras ni de sangre que habitarían en su siguiente metamorfosis. Un río y sus peces-espejo, sus remanentes de sol, aguas-sorpresa, animalitos que reaccionan a la forma inesperada que toman cuando menos notamos el daño a los graneros del alma. ¿Te apetece un capricho? ¿Un abrigo de piel de castor? ¿Un amuleto con pupila de serpiente? El hombre aún no se ha dado cuenta de que se está deshaciendo de sí mismo. Quizás un asalto final de imágenes. Se fue la luz justo cuando estábamos a punto de descubrir el origen del mal. Había un cartel podrido, madera vieja en el vientre de las termitas, y en él aún se podía leer: *Cuidado con el infierno sobre sus cabezas*. Se suponía que debía burlarse del efecto malicioso de la frase. Pero ¿por qué hemos llegado tan lejos y nos hemos topado con algo que creemos

que no deberíamos tomar en serio? Tantas pausas, litigios, quiebras, traiciones, las guerras púnicas, desviaciones ideológicas, mortalidad infantil, tanto, tanto, un mundo de tentaciones, la más precaria de las agonías, ¿para nada? Las ruedas dentadas hacen que las noches sean testigos de la angustia de las vías. ¿No era así? ¿No era así? ¿Así sin más? Un beso frío en la columna. Un pájaro picoteando la tierra. Nadando en tierra firme. Nadie habla con Dios. Nadie se cree impermeable y se lanza a las profundidades del mar. Nadie reconoce el fundamento de sus acciones y salta de la cordillera al espacio. Nadie es más que un silencio que no se guardó bien en su interior. Aprendí a viajar por el mundo como si nada tuviera fin. Amo a la mujer que me habla de las amapolas en su jardín. El brillo del agua que se cuela por su techo. La piel de este amor que me maravilla con su hierba. Sé que somos un cuerpo diminuto que adorna el acuario de nuestra sala. Tal vez no haya nada entre nosotros y el mar. Tal vez estemos eternamente agradecidos por los símbolos que protegemos dentro de nosotros. La evidencia de una geometría alucinante, el polvo de las bisagras de huesos y otros metales, que hacen que el tiempo se doble en la aceleración desplegada de un cierto milagro que revela lo que somos el uno en el otro. Todo este tiempo para poder darme cuenta de cuánto la amo. Las guerras que rechacé. La fricción del universo a la que no quise responder. ¿Era esto? ¿Esperaba que ella amara por encima de todo? ¿Cómo un verbo inquieto con sus premoniciones, madera soñando con el espíritu de un árbol, un chasquido de dedos sospechoso de las formas que cada persona que lo escuchaba asumía? Nunca fui a ninguna parte. Recorté innumerables recuerdos discontinuos. Fragmentos de revistas. Guijarros de color natural. Una biografía del azar a la que no presté atención. Si lo que faltaba era un perfil o la extensión de una sombra, nada me interesaba. No era una tumba. Lo que se construyera allí debía cobrar vida. Como alguien que arma un rompecabezas tridimensional de su propia existencia. Sumaba mis días, mis agonías, mis ilusiones, mis enredos; quería saber qué me sucedía en medio de tanta oscuridad. ¿Habría un recuerdo varado entre el sargazo de tanto olvido? Quiero el pan que cayó del cielo con sus cenizas marcadas por el horno del que nació. Ninguno

de nosotros escribe piedra en la piel donde soñamos con alas.
Los mares están predestinados a provocar el deseo de las profundidades. Los cuerpos se estiran en una batalla indulgente, se elevan, se acuestan, son esquivos o ciegos, pero son cuerpos y sus pedazos no alegran a quienes imaginan un mundo integrado. Los pactos de sangre, los guías con plumas ocultas, la tierra en sus brasas irreconocibles. ¿Cuántas luces dudan de su alcance? ¿Cuántos milagros no llegaron a tiempo? Nada es tan dominante que no pueda distinguir al pez de la súplica del anzuelo. Cuando me sacrifico por tu perpetuidad. Cuando a los ojos de Dios soy el yugo y el cubo. La nieve donde la tierra nace de líneas incomprensibles. ¿Quién está ahí? ¿Quién es el silencio? ¿A quién no podemos ver o descartar? Le escribí:
-No quiero que estés aquí. No hay predicción aceptable para el fin del mundo. Cada sospecha tiene una apariencia que parece única. Sin embargo, es solo una imagen que desaparece con el más leve aliento. Quiero un último truco, como si la tierra no tuviera otro lugar adonde ir.
¿Es esto todo? ¿Guerras, la aceptación tácita de parábolas religiosas, la voz impura del azar? ¿Ninguna liberación, discontinua o retenida? ¿Extremidades cercenadas o ilusiones visionarias? Dondequiera que vayamos, nadie nos habla. Farmacia, gasolinera, parque de atracciones... El mundo es un accidente. La toalla en mi cara, objetos guardados en una caja en el sótano, el esperma en mi mano y tu imagen desapareciendo en la memoria. ¿Alguien sabe qué somos? Quizás lo oigamos, entre los helechos del jardín junto a la casa, en las frases que suben y bajan las escaleras, inconscientes de las lágrimas. Hay relojes que despiertan en silencio. Hay cenizas que no reconocen a sus muertos quemados. Demonios tan arraigados en nuestras almas que, al anochecer al oscurecerse el día, los mismos niños huérfanos se agachan y lamen los restos mortales de sus sombras. Algún día te contaré lo que me prende el alma. Nada de ventosas ni pájaros siniestros anunciando el vuelo donde la inmovilidad es la consagración de nuestras lágrimas. ¿Quién de nosotros quiere un océano solo para las excavaciones de sus cuerpos? Cuando descubrimos lo que fuimos hace milenios, miramos a un lado y a otro, nuestras retinas confirmando la tragedia

del pasado. ¿Será un dios, un trigal seco, un oasis descrito por sus bestias envenenadas? Tengo cientos de mantos sucios cayendo sobre estas imágenes silenciosas que quieren recordar los puentes, el orgullo de un tiempo en que cruzamos todas las anomalías del destino. ¿Ya no somos esto? Los barcos, los calderos, esos brotes de metempsicosis que nos hicieron creer que era así, *te quiero mañana*, pero hoy quiero estar en otro cuerpo, *te quiero ahora mismo*, pero tienes que pensar que no somos solo tú y yo, oh el mundo en las garras de un vendaval, las pobres botas que no me quedan, las fábulas disfrazadas de sombras llorosas... Ya seas horrible o un gato dormido en mi vientre, *quiero-quiero* tus árboles y playas, tus moléculas encantadas, tu perjurio ante lo que puedo darte, diosa violada, mito renegado, virgen ciega, ¿hasta dónde fingiremos dormirnos cuando la noche haya venido a violarnos? Tal vez el mundo no pueda soportar la idea de ser un lugar mejor. Al menos en manos de tantos que insisten en salvarlo. Cuánto dolerán las noches que los días ni siquiera sospechan. Incluso cuando las madres se cansan de buscar a sus hijos, las luces se resisten a reflexionar sobre las sombras que crecen a su alrededor, los insectos roen las cavidades atónitas de templos y fábulas. Quien pueda contar con su propio olvido no verá las horas indiferentes, los romances injustos, los dolores apresurados que surgen. Quien sueña con que tumbas cómodas descenderán del cielo, los bancos de arena preparados para el regreso de un viejo pescador, estos son quizás los primeros en lamentar el polvo seco de la omnipotencia. La carne se condena a sí misma. Las visiones son tantas que no hay refugio para sus lágrimas ilegibles. Cuando las noches se tejen para encontrar en sus pliegues la broma de lo irreconciliable, miramos con atención y cada cosa parece tener una atracción especial por su opuesto, como si el mundo comenzara a construirse desde el final. Cuando la niebla hizo fugaces todos los hechizos, nada de lo que se podía vislumbrar dio esperanza a los naufragos. Ninguno de ellos podría haber imaginado que la espera del último aliento sería tan oscura. En medio del éxtasis, nadie reflexiona sobre las aguas renacidas. Incluso el rostro de un salvavidas no es más que una digresión

enfermiza de la mirada. El mismo *miserere* influenciado por el azar. Nadie puede bendecir el acoso del tiempo. Imprudentes y transitorias, las almas cuentan sus huesos hasta la llegada del último refugio. Ojalá fuera justo aquí donde las diminutas luces emergen para confundir a las estrellas, para emigrar de sus maletas de piel antigua e intacta, figuras enterradas en los pliegues de mortajas amargadas. Cuántas veces el dolor viste las vísceras más rudimentarias y se abalanza sobre alguna esencia abandonada en curvas que se cierran sobre sí mismas. Cuántas veces un telar de agonías prepara las telas indefinidas de lamentos humeantes, la lava que devora la soberanía de las sombras, la isla que apenas respira, estas oscuras deformaciones del ser, muebles inquietos, animales desgarrando los mensajes del horizonte, plata, plata, plata delirante que muere en casa, el jardín entreabierto para recibir las últimas hostias. Mientras recorro tus aristas y vísceras, vicisitudes y manías, los utensilios que llevo en las bodegas de mis mareas de reflujo, desde los huesos melancólicos que registran sus raros tumultos hasta la biografía sonora de los dientes y los árboles nativos que imitan lámparas en la médula de las embarcaciones y lloran al asomarse y descubrir lo que esconden las máscaras de tantos marineros. Quizás por un exceso de leche derramada, los misterios tienden a sucumbir incluso ante la más convulsiva de las revelaciones, demonios que sangran con sollozos, vértebras reducidas a un frío implacable; hay verdades que no pueden descubrirse antes ni después de haber cumplido su función. El subsuelo de cualquier viaje siempre está atormentado por presagios, fantasmas que discuten entre sí en el camarote del capitán, otros que se divierten a costa de los grumetes que nunca han desembarcado de su propia miseria. Las ollas sucias apiladas tienen una voz copiosa, cuya habla cambia con el viento, devastadas por embarques fugas. Las ollas son uno de los cargamentos más preciados del viaje. Por agotado o monótono, moribundo o inflexible que sea, el ser viajero confía en el impulso de los hábitos, en los alientos del misterio, en los vientos que llaman al fin del viaje, hasta el punto de que, al descifrar la piel metálica de las ollas, alfas y omegas deciden el destino de lo que es nada, caos o simple lamento, de lo que es una ilusión violada

en el nido del vigía, las velas encendidas en el sótano, el confuso
desacuerdo con todas las muertes anticipadas, el papel
arrugado donde se puede leer: *Ningún viaje debe estar atado
a sí mismo*. Rocía sus sentidos prohibidos en los rostros
de quienes acceden a su entrada, miedos, incertidumbres,
aprensiones, nada parece igual cuando los labios crean
una historia de personajes que entran y salen de depresiones
que significan la ilusión de ser arrastrados por incontables
espacios, en las voces, en la imaginación, en el tiempo,
en las inagotables varas del destino. Allí donde siempre
estamos y no estamos. Donde cada cosa emite un sonido
que no reconocemos. Donde la locura escupe imágenes
incompletas. Donde se nos invita a andar a tientas
en la oscuridad sin que nadie nos escuche ni sepa
exactamente qué hacer cuando la duda se quiebra.
Oh, mi nube de maullidos, mi amor indefinido, regiones
invisibles, horas y horas buscando a tientas tu sangre seca
que marca el suelo, nada, ¿qué puedo encontrar aquí?
¿Qué nos hizo perder tanto tiempo inventando un misterio?
El mundo no soporta la naturalidad de sus errores. Somos
Seres destrozados que inventamos la caída, el corte, la súplica,
el arrepentimiento. Ninguno de nosotros puede volver
a nosotros mismos, ante las fuerzas y las desapariciones,
ante el juicio impertinente de las formas. ¿Dónde nos hemos
estado escondiendo de nosotros mismos todo este tiempo?
Nadie lo sabe. Todos los que dicen conocer el origen
de esta incertidumbre mienten. Puedo adivinar tu nombre,
convencer a algunas víctimas de tu muerte necesaria.
¿Quién bañaría el océano en vinagre? ¿Quién prestaría
su alma al moribundo que necesitaba entrar al cielo?
¿Quién es responsable de tanta destrucción? Quizás
en una siniestra frontera se encuentran lo que nace
y lo que muere, el origen y su sucesor, el fin y el principio.
Quizás sea solo una simple cuestión de inmortalidad
acompañada. Como versos que nacen de otros, amores
inspirados por sus referencias, un caos que nunca deja
de hacer horrible la idea que uno tiene de sí mismo.
¿Puede ser así? Dejando atrás cualquier inconveniente,
desacuerdo, confrontación. El desapego de la salvación,

el manto impuro de las religiones, el último gemido de la redención. ¿Por qué siempre creemos que las motivaciones valoran nuestra vida? ¿Adónde quiero ir cuando mi voz anuncia un milagro, una tierra florida? Abro mi cuerpo para descubrirlo, porque, al fin y al cabo, todo está en mí. Sí, hay verdades falsas y huecas, hay parábolas incomprensibles, junto a tanta sencillez que solo quiero tumbarme, oler el aroma de tu cuerpo, la forma en que rozas mis bordes antes de... ay, quiero que me liberes de estos vientos que me llevan a otro lado. Quiero venir, entre la muerte de la memoria y el recuerdo de estas antiguas luces, lo que quiero es esto: venir con todo, *in extremis*. Para mí, la salvación de todo, para el mundo no importa. El mundo se pierde en la vergüenza ciega, en las renunciadas arrítmicas, en los mares cruzados, en los viajes apáticos, cuando oímos una voz lejana que parece decir que los ojos necesitan oír lo que los oídos no siempre ven. Sonido y forma. Lo que me precede y me sucede. La deidad que premeditamos. El infierno que improvisamos. ¿Es realmente demasiado tarde para comprender que nos equivocamos en todo? La razón es una virtud, una lástima, una maravilla. ¿Adónde vamos cuando no vamos a ninguna parte? El mundo se mueve, independientemente de nosotros. Lo que movemos es la comprensión del mundo. Dentro o fuera de nosotros, todo arde, se mueve, yo puedo ser tu filo ardiente y tú mi naturaleza serena. Esto es lo que el mundo nos garantiza, radiante y sin juicios. ¿Es el mundo posible? Cuando llega la hora de soñar, muchos ya están exhaustos y se dejan caer en un vacío dañado, y nada parece estar donde se había imaginado. ¿Cuántas veces debemos morir para que al menos la memoria se convierta en un milagro? Algún truco que debamos imaginar, dentro o fuera del tiempo, que nos permita reconsiderar el laberinto que dejamos atrás como la única puerta posible para recuperar el alivio del olvido. ¿Un manto, un refugio, la construcción de un alma que nos cuida, pero que puede destruirnos cuando es necesario? ¿Hasta cuándo un verbo –cualquiera, cualquiera– se prolongará tanto que ya no oigamos sus llamadas ni sus horas perdidas? Todo se arrastra con la fatalidad del instante desgarrado por los engranajes de los sueños. La predicción es el gran

enigma que nos atormenta. Cuanto más nos dedicamos a ella, más se desbaratan las cosas. Nadie llega adonde esperamos. No conocemos la contraseña de ninguna entrada, porque el tiempo siempre es diferente. Una legendaria víctima del destino terminó diciéndonos: *No crean en nada de lo que ha sucedido aquí, porque cada movimiento distinto hará un cínico esfuerzo por parecer igual.* Las parábolas son ese prestigioso lugar donde abrimos la ventanilla del tren para esperar la incansable repetición del amanecer y los planes secretos de Dios. Por mucho que sigamos construyendo las mismas pirámides releendo los mismos libros sagrados, los hijos de nuestros hijos son solo los regalos cuya revelación no podemos seguir. Quien se nos parece confiesa que no le interesa la imitación. Como las imágenes reproducidas por espejos, charcos inteligencias artificiales. Los ritmos son como perros que esperan el coro hambriento de las noches que vienen a rondar las calles con sus faros, mujeres cercenadas y espinas congeladas, con el mar aun suspirando en sus ojos. Cada fragmento dominante del momento canta sus canciones precarias, las lluvias llamando a las puertas más oscuras, las arenas maliciosas de un reloj de arena agrietado que lamenta claramente habernos conducido a este silencio que deletrea muerte en pedazos. ¿Cuántos seremos en estos barrios malditos? ¡Cuánta tragedia melancólica bebiendo los dolores borrosos y las luces enrarecidas! Como si se anunciara un viento para cada salmo antiguo, sus pájaros aterrorizados y las ramas vulgares de tantas falsas profecías. Digo que es de noche, aun así, y me arrodillo ante su abismo impuro. Es de noche y los burdeles lavan sus mortajas. Es de noche y los sueños se retuercen en risas eléctricas. Es de noche y las páginas dobladas escriben un libro dentro de un libro. Es de noche y los cuerpos se bañan en esperma y polvo mientras vagan con sus muertes discontinuas. ¿Cómo vamos a prolongar las extremidades de estos dioses ocultos y sus huestes visionarias? Las piernas con sus ranuras cantoras, en su ir y venir, ¿cuántas admiten que el amor no es más que un pasatiempo mutilado? Y lloran, como solo las piernas saben llorar, lloran, rompiendo la anarquía de sus cuerdas licuadas. Lloran como glaciares y derraman

en secreto los venenos que vieron al ser inyectados en cada
mensaje traído a la tierra por mensajeros de otros mundos.
Lloran como un dios en el que ya nadie cree. Lloran como las
noches que viajan por el infinito en el mismo tren innombrable.



LIBRO # 2

LA DERROTA DE LAS CAUSAS

Hace millones de años, los cielos fueron surcados por cohetes espaciales.

ROBERT CHARROUX

La ley es la marca impersonal del odio globalizador, mientras que la justicia es la esencia misma del amor diferenciado.

GEORGES DEVEREUX

El mundo es una fábula. Cuando lo decimos, podemos aceptarlo todo. Lo constituye la noche desmantelada y, en ella, el surgimiento de mil fragmentos de imágenes oníricas distorsionadas. Ciertamente observé el paso de los pájaros, la luz del sol que se retorció al seguir sus movimientos. Los caminos que se convertían en escaleras y se entrelazaban para impedirnos alcanzar el deseo. Nada está tan conectado con quienes somos como la película con la que cubrimos los monumentos, una piel invisible que en ningún momento muestra sensibilidad hacia el origen de sus recursos. Quizás la piel de una joven. Quizás una niña que llevaba consigo una inquietud aún privada de placer, una rapidez espiritual que las escuelas, con sus ruidos indescifrables y sus baños sucios, no podían aceptar. Una niña que sería sacrificada por su deseo anticipado. Como si la razón estableciera una distancia entre el nacimiento y su interés por la vida. Mantras anunciados al desflorar. Obsesiones indiferentes. El privilegio de lo desconocido.

Las frases fueron descritas como enjambres de rechazo. El mito se negó a atender estos preceptos de anomalías conceptuales. ¿Cuántas calamidades yacen dentro de nosotros incluso antes de su castración pública? Cuerpos artificiales desechados en callejones, cosechas de un fracaso tecnológico. ¿Qué ilusión surge de otro? ¿Es nuestra miseria un reflejo o una previsión? No importa cómo hablemos de las calamidades humanas. No importa si todo está por venir o si no nos queda ni una sola bala. Lo que somos es puro mito decapitado. Un remanente de la memoria, una liquidez de mercado que no corrompe a nadie más. ¿Han desaparecido los amores o solo han sido confiscados sus cuerpos? Quiero amar a Beatriz o a Jandira, como se llamen. Debería haber estado aquí hace mucho tiempo, creyendo en la obscenidad de los versos que dediqué a estos amores ocultos. Líneas de semen o la dulzura de residuos desvanecidos. Cuando extraemos de nosotros mismos a un

dios insignificante con su pene dislocado, ni siquiera consideramos remotamente la literatura que esta escena podría producir en el futuro eufemismo de las artes.

El mundo siempre me ha parecido una demostración de impotencia. ¿Adónde vamos cuando los mecanismos detonantes impiden las conspiraciones? Se suponía que sería una cópula ajustada a la cámara en la ventana del edificio vecino; ¿quién podría haber previsto la agonía del espía buscando desesperadamente la vagina de su amante, el imperio que allí se extendía purgando las perspectivas reales de impotencia, constituyendo nuevas pruebas del presunto crimen? Nada. Ninguna posibilidad. Cada momento parece una represalia. Nuestras noches siempre eran un torbellino de tranquilidad, la forma en que me sugería hablar con un conocido suyo, o cómo nos reíamos en una mesa rodeados de lo que luego llamó los enemigos del pájaro. Era hermoso estar allí, y me tocaba bajo la mesa de una manera que jamás podría imaginar. Por supuesto, siempre soñé con cuerpos brutalizados por un presagio de vida que los separa de sus deseos. Lo experimenté yo misma en la adolescencia. El cariño de mi padre era el sube y baja que hacía que sus amigos me esperaran al otro lado. El infierno no nos libera de nada; en esto es como el cielo. Cuando enloquecemos, somos solo una piedra que cae fuera del círculo. Nada nos dice, en el fondo, que un sutil roce en las caderas, esa magia de lo que el momento nos revela, sí, ese roce, ¿cuántas hijas, abismos, fauna disfrazada, cuántas veces podemos volver aquí mismo? ¿Estamos todos listos para aceptar al animal que llevamos dentro?

¿Es realmente así? ¿O pendemos de un hilo? Quizás necesitemos traer las sombras a una realidad fálica. Debe haber un primer archivo de referencia física, esa oportunidad con la que todos soñamos para alcanzar el orgasmo. ¿Es así como resuenan las fábulas? Las leyes del eco, las farsas de la onomatopeya, el relicario de proyecciones de métodos incuestionables. ¿Es así como decidimos castrar nuestras acciones más claras? El espacio corroído por decisiones engañosas. El lugar más oculto donde la necesidad cuenta consigo misma hasta el resultado final del método. ¿Quién puede decir cuántas veces hemos venido aquí a sufrir con la incertidumbre? Ser o no ser desconocidos, no queremos secuestrar la caída. Tengo rostros infantiles, cuerpos que crecen como quienes sueñan con la fábula incidental de las insurrecciones. Los nombres distribuidos entre los dioses sin

identificar primero su carácter. Quiero ser el desconocido en todos tus descubrimientos. No llegaremos a ninguna parte si no tocas mi vientre y me dices cuánto me recuerdas. Entonces sonreiré a tu alcance, y sabrás cuánto soy tuya.

Ahora era necesario responder a la noche como un lagarto que devora a las deidades que encuentra en las orillas del río. Una diosa dejaba pequeños abismos insinuantes dondequiera que iba. Si los reunía en una sola forma, podría ser mi cuerpo. Tal vez un asteroide indescifrable, un código reescrito por termitas en tablillas antiguas. Mi cuerpo persigue el eje central de la paradoja. Mientras depositas tus caricias en el bajorrelieve de mi piel, te explico que hace mucho tiempo, una madre-tierra guardó en mí sus formas más secretas de diversión. La fertilidad y la analogía insuperable de una biblioteca de orgasmos. La irónica coincidencia del azar. Las hendiduras que imaginamos en los Andes que podrían llevarnos de una realidad a otra. A veces estás a cinco mil kilómetros de mí. Pero no todas las civilizaciones son desconocidas.

Toma mis pechos entre tus manos. El mundo se vuelve mucho más grande cuando me tocas. Es probable que la corteza terrestre asimile las pinturas rupestres de mis pezones en tu boca. Una noche de inundaciones, una tormenta que recrea el complejo futuro de nuestros refugios marinos. A veces te pierdes en tantos datos científicos que los cambios lunares describen las estacas mortales de la metafísica. Dame un beso, conviérteme en tu energía-materia, añádeme a los invasores de esta gigantesca estructura de tu sueño. Quiero que tus proporciones invadan mis órbitas. La primera historia que dejaremos grabada en un audio que viajará por toda la galaxia será un relato fantasmal, un relato oscuro en el que unas sombras invaden el circuito magnético de la humanidad, cuya atracción por la gravedad aumenta hasta el punto en que estas sombras se convierten en enigmas rastreros que se separan de sus cuerpos.

Intentemos llegar lo más lejos posible, para que el delirio trascienda el vocabulario reservado para el intercambio sincrético, esta turbulencia de sexos que han perdido la cuenta de sus trucos, sus piernas, sus gemidos. Se pueden crear nombres al entrelazarse las piernas. Ninguno de nosotros, sin embargo, podrá entrar al lago con nuestros lazos de sangre. Las amantes roban las piedras musgosas del fondo del agua y las

guardan en sus vaginas como una contraseña indígena que un extranjero recupera y convierte este objeto en su hijo. Lo inesperado nos abrumba como un ritual místico en un lecho de algas. Las branquias implantadas en nosotros nos convierten en Helenas submarinas, una cadena alienígena de encarnaciones anónimas. El lago posee el sentido más antiguo de las horas invertidas, el juego de manos del movimiento que comienza en una civilización y se reconoce en otra. El futuro no debe excluirse cuando se busca el pasado.

Algunos nos rebelamos como si volviéramos a la cuna de las voces. Si me entiendes, verás que soy un séquito de videntes desnudos como montañas tras las que se esconde el sol. Montañas a las que les cortaron el cordón umbilical y se desprendieron de la tierra camino a una equidistancia entre el sueño y la vigilia. Abre tu mano para recoger en su bulbo mi alegría de vivir y su fuente reflejada de humedad. Todo en nuestro lenguaje tiene una rotación sexual. Los trozos de carne que cortamos y otros que injertamos, las luces secas que abren fisuras en las obsesiones, las piedras lunares que cambian de forma cada vez que las protegemos de los rayos del sol. Preveo a Orfeo mordisqueando mi ombligo. Guardas mi clitoris amputado en tu bóveda de angustia criminal. Si fuera de otra manera, nunca sabrías renacer. Tu pene no posee el don de las colas de lagarto y las cascadas. Mis chicas saben cómo llegar al orgasmo como pueden. Sus amantes a veces escapan en medio de una escena inesperada, el teatro en pánico, nada iguala la visión privada de sus delirios. Un oráculo destroza los corazones de sus hijos sacrificados. No debemos irnos de aquí. Esperemos a que castren a todos los padres.

No hay otro lugar donde podamos sustentar nuestra observación de que el mundo reside en su extracción de absurdos. La tecnología es una forma permanente de rehacer la ingenuidad humana en la búsqueda del poder. La ciencia es una colisión entre demonios. Una civilización de libros secretos que simulaban incendios cada vez que llegaban al punto de comprenderlos. El dolor es casero. Microorganismos que escriben sus libros secretos mientras nos angustiamos por la ausencia de amor o deseo. Planeamos el suicidio como quien detalla minuciosamente el asesinato de un Papa. Extraemos del mundo toda forma de vida. Como un milagro de luces que ciegan las sombras. Quizás el repertorio de la existencia humana esté completamente archivado en cilindros

hipotéticos, lejos del alcance de cada una de nuestras humanidades perdidas. En nuestra negligencia, ¿de quiénes seríamos ancestros?

Ahora la historia se vuelve tan oscura como el *mea culpa* de un asesino en serie. No le contaré a ningún monje ni psiquiatra mis oscuras visiones de la miseria humana. Quizás mi fetichismo, mi fervor oculto, la proyección negativa de mi mirada; quizás ahí residan las células atribuidas a mi habilidad criminal. No pretendo hablar de técnicas. Matar y sobrevivir pueden ser sinónimos útiles cuando uno desea un poco más de tiempo en medio de los desequilibrios de la humanidad. Incluso el sonambulismo es adictivo. Nada está realmente al alcance de todos. Los filtros forjan la naturaleza contagiosa de cada uno de nosotros. Mis amantes están immortalizados en las páginas de mi diario. La dialéctica es una leyenda irresistible. El día que decidí suicidarme, escribí una oración que guardé cuidadosamente en mi libro. Entonces comencé a despojarme de mi forma física, restringiendo la materia, cortando mi cuerpo, observando cómo me deshacía de piel y músculos, improvisando la generación espontánea de otra forma de ser. Canté la oración hasta el último corte. A partir de ese momento, sería imposible reconocer la mutación inexplorada de mi alma.

*Estas noches, estos cortes,
mientras el alma se ajusta
sin saber el siguiente paso,
si acaso otro cuerpo
nos visitará, quién sabe
cuántas noches cambian
de forma hasta que el día
revela un error, una duda,
nadie se va de aquí,
los cortes, los miedos,
toda la gloria de la vida
exige la máxima resistencia,
Quiero amarme hasta el final,
Quiero...*

La forma en que aprietas mis pezones. Tu sonrisa ante los misterios que imprimo en tu piel. ¿Dónde más allá de la tierra vivieron nuestros

creadores? ¿Quién nos trajo los primeros mitos? El paraíso terrenal es nuestro camino indefinido. Cada libro sagrado relata una forma de creación. Somos seres extraordinarios que no saben nada de sí mismos. La ciencia miente. La religión miente. El arte miente. Mientras tu lengua recorre mi vientre, entre gemidos, dejo escapar algunas risas ante tantas mentiras. ¿Quién nos representa más allá de cualquier portal? ¿Somos una piedra negra con un pasado incierto? En el Títicaca, aprendimos a plantar alimentos raros. Mi cuerpo se abrió mientras lo desenredabas como una sonda estelar. Quizás tus mensajes solo tenían sentido para mí. Quizás la contradicción era la única descripción definitiva. Los calendarios, las máquinas voladoras, los secretos del níquel cuya estructura fibrosa nos hace creer que es parte de nosotros.

¿Caemos o nos elevamos? ¿Quién nos dice que el sexo es un puesto avanzado de la ignorancia? Desde fronteras cruzadas en mapas imaginarios, no puedo visitar los lugares donde una vez estuviste dentro de mí. Cada hora se multiplica en sospechas invisibles, y solo confío en mi último instinto. La penetración de tu pene en mi vértigo. La columna secreta de la levitación. Tus alas pegadas a mi espalda. La complejidad del átomo en las páginas del *Mahabharata*. Mis piernas como ciudades ciclópeas con sus innumerables rondas ante tu mirada. Tu calor impresionando mis anhelos.

De alguna manera, todos huimos del infierno oculto en nuestra ilusión del cielo. No hay suficientes contenedores para albergar todas las formas de vida. El tiempo dura más que los relojes. Somos fantasmas sombríos, atemorizados por nosotros mismos, intentando vender el tiempo como el único registro posible de nuestras anomalías. Somos dueños de dioses y cadáveres. Incluso nuestro predecesor más lejano llevaba un cuaderno donde anotaba las entradas y salidas de todas estas farsas. Quizás deberíamos reconsiderar una reunión con Edison en una mesa blanca: él nos ilustró más sobre el fraude del níquel en la vigilancia experimental de la ciencia. Cuando salí de casa, dejé a mi amante durmiendo. Nunca pude regresar a la escena del crimen. La sospecha de que era un dios definió la investigación policial. Cuando la casa fue liberada, la habitación donde nos amábamos había desaparecido. La casa y yo teníamos una habitación menos.

Hesíodo rehaciendo constantemente sus cálculos. No siempre nos vence la representación de nuestros agravios. La política es un trauma

para la columna vertebral de tantas ansiedades descontroladas. No vinimos de entre los muertos. Ni volveremos a ellos. Si me besas, me doy cuenta de que este momento supera todos los nacimientos. Un instante para rodear el silencio. Desde la ventana de nuestras aspiraciones, vemos las capillas místicas de las anomalías. Todo parece invertido. Como si nunca nos hubiéramos acercado a la Tierra. Amamos en el espacio. Tu abrazo me hace una mujer feliz. Pero desde lejos, vemos a los dioses argumentando que la felicidad es genéticamente improbable. No hay explicación para la forma en que prefiero que me hagas llegar al orgasmo. Lo que sé es que al final, terminamos fulminados por la gravedad.

Y persistes en mí hasta que te alejas naturalmente.

Como un piano sabe desaparecer en la melodía.

Como las ciudades son utópicas.

Como siento que me deseas dos o más.

Necesitamos cuerpos en los que apoyarnos para el libertinaje de nuestros estados de ánimo. Hefesto creó a sus mujeres artificiales. Buscó el amor desesperadamente hasta que sospechó que los amantes adúlteros son la más perfecta de las trampas. Las desmaterializó a todas y eligió solo a una al azar. Quiso llamarla Afrodita, pero ella se negó.

Era innombrable.

Era el comienzo de la caída.

Era todo lo que soñé para mis días a tu lado.

Donde el recuerdo no era una anticipación del cansancio. La tradición no era más que un reconocimiento del fracaso. Como las cabezas de animales disecadas clavadas en las paredes de la casa del angustiado cazador. En algún momento, la experiencia tendrá que admitir su desolación. Tus fiebres no pueden repetirse dentro de mí. Los collares de tus espasmos. Los círculos concéntricos de tu piedra arrojada a mi lago. La caza es la inversión del rapto. Cuando nos damos cuenta de nuestra estrecha conexión con el captor, cuando nos identificamos como su creación clandestina, ya es demasiado tarde. Estamos en la mesa del taxidermista.

La fricción de las pieles nos enseña más que la mesa de los elementos, porque en cualquier momento podemos escapar de allí, de sus cavidades luminosas, del tabú de la eternidad, de los pañales de tierras extranjerías. *Te amo*, escribí en un pequeño trozo de papel entre miles de estos artefactos con máximas inaceptables, pero tentadoras, esparcidas en incontables mesas de restaurantes de todo el mundo. Con las prisas,

no me di cuenta de que había escrito a mano mi declaración en el papel donde estaba impresa: *Nunca llegaré a la montaña*. Esta industria ha prosperado durante millones de años. Incluso los visitantes planetarios han sido víctimas de estos artificios de ilusión. Cuando metí la mano en tu bolsillo, temblé al leer ese trozo arrugado y mi letra: la idea de que el amor nunca llegará a la montaña. Pero tú estabas allí. Me sentí conmovida por tu amor. Penetrada hasta la médula por tu sed de amor.

No hay dios en el encuentro de nuestra carne. Todo es una erupción momentánea de algo más que sentimiento, razón, fe. Cuando me posees, somos los vestigios de una existencia mayor. Señales de humo, telegramas, correos electrónicos, telepatía: nada se compara con el intenso calor de dos planetas que chocan y caen al suelo del espacio insondable y... amándose, en ese pergamino inexacto del instante. No hay suficientes testigos de este asombroso accidente. Te encuentras tan bien situado dentro de mí que olvido la seducción de los cataclismos que desafiaron mi comprensión de mi ser. ¿Cuál es la relación entre el amor y la antimateria? Si cierro los ojos, te veo volar dentro de mí. Y descubro más espacios interiores de los que jamás había soñado. Tal vez el sol esté dentro de mí, y solo nuestra comprensión de sus efectos esté ahí afuera. Pero no te veo como una máquina voladora ni siquiera como un pájaro. Como algo que se acerca a mí y sabe exactamente –incluso más que yo– lo que soy, te miro descifrar mis conflictos con tu mirada, y el modo en que tu canto se resiste a soltar tu pico, pero también el movimiento de tus alas, como si todo tu cuerpo cantara en mis entrañas.

Cuando excavamos en lo inexplorado, lo que descubrimos se asemeja al apareamiento de dos cuerpos. Cuando somos invisibles, nadie puede decir si penetramos la materia o el espíritu del otro. Podemos tocar el infierno y otras estrellas. Podemos crear razas enteras de los desiertos más abrasadores. Damos a cada momento el efecto que nos lleva de un lado a su extremo. Todo se disfraza de extensión y capacidad migratoria. Siento cómo me expandes con cada embestida de tu pene. Cuanto más exageras tu viaje, más me convierto en veinte veces más de lo que descubriste en ese primer beso. Ahora sabes dónde está mi centro, y me muevo, a través de asteroides bifásicos que exploran tu idea de equilibrio, tus hipótesis de mundos tan seguros dentro de cada huevo, planetas aclimatados al complejo biológico que es un misterio incompleto, tal vez de causa secundaria, una farsa ideológica atribuida a un daño alquímico, un metal expatriado. ¿Con qué frecuencia la

naturaleza emana su calor y nos sentimos desprovistos de pequeños músculos, como teorías derrotadas por el fuego, como contactos periféricos que nunca alcanzan la cima de la ilusión? ¿Existe un tesoro potable? ¿Un hechicero que pueda amarme y crear en mis entrañas un vegetal perdurable como una quimera? Anhele esa forja dentro de mí.

Pero no. Enviamos cajas de terciopelo con sus maldiciones desconocidas a todos los puertos. Tal vez no seamos más que una fábula, con sus limitaciones espaciales. Cuando besas mis caderas y me suspendes en una alegoría apasionada, ¿qué ves? Soy tus ojos corroídos por la delirante piedra caliza de alientos que forman imágenes inquietantes en tu cerebro. Cuando nos reímos de esta máquina del mundo que produce lo improbable, acariciamos nuestras curvas, observamos cómo la humanidad ha convertido los oráculos en una vulgar forma de competencia, me deleitas con tus dedos, desvío mi centro hacia donde la muerte nunca lo identificará, levitamos, sí, como vaciándonos de todo conocimiento, como si ninguna paráfrasis de lo absurdo pudiera descubrir nuestro rumbo. Tal vez deba encontrar un nombre para un amante tan anormal. El bautismo, sin embargo, equivale a la creación de burros. No quiero una efigie en mi espalda. Una flecha en mi corazón. Un lugar de aterrizaje para mis naves espaciales. Tal vez solo seamos el delicado contorno de una transfiguración. La digresión impotente sobre las mil vidas que podemos nutrir dentro de nosotros mismos. Tal vez estemos en bancarrota, como lo describió Hesíodo: amamos la sustancia impropia de las repeticiones. Con cada trayectoria de nuestra efímera visión del mundo, los órganos desaparecen, cercenados u ocultos, como la fe, el verso indeciso, los ejemplos desvelados de mitos que pierden su fuerza, su efecto, su vida misma.

Estamos suspendidos en el aire. Vamos camino al cielo, y el cielo es tierra. Al llegar a cada punto, nos alejamos de sus sombras. Ningún testigo despierta a tiempo. Viajamos de un orgasmo a otro, mientras los orígenes se multiplican en cada ser. Ningún mito alcanza la densidad de los sueños. Estoy aquí, y tú me penetras, como una inmersión en la visión de otros mundos. Sin nombre. Sin futuro. Solo el reino del instante y sus naves aéreas persuadiendo al tiempo. Sigue tu curso. No me dejes. Seré lo que quede de ti, tu inevitable aparición, una mujer corroída por sus neurosis carnívoras y la lujuria de sus actos finales. Ay de la realidad que una vez nos marcó con su implacable metáfora. Al

despertar, el sueño simplemente pasa página. La derrota solo es mortal cuando pierde sus causas. Los inventos recogen en sus arterias la sombra de dioses artificiales que un día abandonarán el milagro de su existencia.



LIBRO # 3

LA ESCRITURA DE LA NIEBLA

La inmensidad vacía de las cosas, el gran olvido que existe en el cielo y la tierra...

BERNARDO SOARES

¿Adónde van los espejos cuando
descartamos sus reflejos?
¿Qué noches se esconden tras la pantalla
de nuestros desacuerdos más tolerantes?
Las perchas siempre están en conflicto
con la elegancia desgastada de la ropa.
Cuando no retocamos los contornos
de las palabras, no reconocemos la curva
de sus pronunciaciones ni las pequeñas renunciaciones.
Los espejos no vieron a Confucio enseñando
el poder de la escritura de la niebla a sus novicios.
Las ramas manuscritas de cada árbol
que guía la desnudez para ser amiga del día.
La ropa envuelve nuestra forma de ser.

Los espejos cometen crímenes que no vemos,
creando imágenes irónicas de un ojo al otro.
El vestuario que tocamos a diario
no siempre oculta el deseo de la emoción.
Un riesgo, una pluma, la flor de la desgracia,
la prenda que imaginamos tener la forma del ser.
¿A quién nos entregamos en el jardín desierto
de tantas frivolidades anónimas del éxtasis?
Un día bajamos las escaleras sin considerar
cuántas repulsiones serán vagas o necesarias,
cuánto polvo en el estante, entradas
de la luna creciente que no conoce el absurdo.
Las ciudades interrumpen lo que somos.
Nada en nosotros existe en ninguna parte.

El espejo no siempre admite la envidia
de los personajes que refleja a la luz de las velas.
¿Serán otros? ¿Cómo surgen los rasgos
de la ensoñación y el anhelo desesperanzado
que corta el verbo por la mitad y luego desaparece
sin dejar rastro, ni a un lado ni al otro?

Las emociones no quieren ser cuestionadas.
El papel en el que podrían escribirse
termina imitando la hazaña del delirio.
La conciencia sufre con sus espejismos
cuando se pliegan en el origami distante.
Luces sucias de ropa desgastada,
la expresión imperfecta de que vivir
siempre es una forma de negar al otro.

Luz rumoreada, instigación inusual,
dioses al descubierto, epicentro de la angustia,
donde somos un volcán sin nombre.
La plata oxidada de los hechos, el acuerdo incierto,
la forma en que nos inclinamos hacia el sueño
y no hay nada verdadero a nuestro alrededor.
El dolor camina con sus cerillas, la historia
escrita en cabeceros muy por debajo de nosotros.
El recuerdo de vidas que nunca fueron nuestras.
Cada uno de nosotros teme más por sí mismo
que el papel secante de guerras o inquisiciones.
La imagen retoma la vida que no tenemos.
Una palabra se oscurece, víctima del dolor,
otra surge y, a lo lejos, se encuentra fugitiva de sí misma.

Debemos sentir ahora el peso del mundo,
el peso de las sensaciones, tal vez, cuánto el alma
da expresión y alegría a todo lo que nos revela.
¿Dónde buscamos los sentidos guiados
por la niebla, la ciudad olvidada, los entretelones
de una imaginación que acumula sus males,
la casa extraviada, la fría mano de la noche
sobre la siniestra ilusión del ser? Nos inclinamos
profundamente sobre los recovecos del abismo, ante
nosotros los silencios son ruidosos como las diferencias
entre caídas, dudas y posibles significados.
Cuando caigo de mí mismo, muchos caen, todo
se refleja en una indefinición, una oración
escrita en el intervalo entre un abismo y otro.

Cuando ya no hay sensación,

el tiempo parece acabarse, la calle,
el regreso a cualquier parte, la piedra, el veneno,
la lentitud con la que las cosas se liberan.
El mar no es más que un beso del horizonte.
La luna es un ojo malvado, el cielo una toalla.
Hay hielo y sol, gritos y dolor, fuego y calor,
ah, toda una vida dedicada a las diferencias...
Luces sospechosas alcanzan el corazón, huellas
en la piedra o en la carne delatan el panteísmo.
Sintiendo dos cosas a la vez, la bestia ruge
en nuestro infierno interior, rehaciendo
cada ociosidad en la cabaña celestial, cada pena
antes de que no deseemos nada más que huir.

La noche asume la crudeza del día en su espíritu.
Una mujer tiene mucho que aprender de su propio
cuerpo. Cuando el hombre se transforma en ella,
el deseo se comporta como amo de las formas.
Nadie sabe dónde esconde una mujer el secreto
de la mirada con la que perfora el tapiz nocturno:
¿ciudad sitiada, inconfundible apetito por tanta
anhelada similitud? La noche no nos confiesa
qué pretende, nada sabemos del torrente de luces
con el que alimenta la imaginación y el delirio,
a partes iguales un relato supersticioso del fin,
lo que creamos siempre busca una razón,
antes de que digan que el azar nos ha robado
los generosos planes de los artificios humanos.

No quiero la vigilia de la vida, persiguiéndome
como un capricho suyo. Mucho menos me importa
lo que digan los muertos. Las sombras
se disfrazan, queriendo confundirnos con lo que más
tememos en ellas: que se nos parezcan. Cambian
sus formas desde dentro, provocando desconcierto
en nuestra mirada, como si sintieran desprecio por lo
que deseamos: que cambien de color al imitarnos.
Quizás quien sueña con llegar tan lejos nunca alcance
el silencioso destino que se esconde tras las puertas.
en esas sábanas con las que cubrimos mitos

y muebles en casas antiguas y poco visitadas.
La edad es el gran tormento de las sombras, algunas
más viejas que otras, todas atrapadas a nuestros pies.

Y ahora que todos los colores se han ido, me pregunto
qué me queda por hacer en este vacío increado y aterrador.
Días de ruidos innombrables que se prolongan como
un dolor solitario. Tormenta inesperada que aterra
el horizonte imaginado y lo desplaza a otra
redondez, donde la memoria se dobla en un antiguo
escenario, alzado por el fuego, para una farsa final.
Teatro que despide sueños y realidad, con cenizas
angustiadas y un episodio irreconocible. Los aplausos
son confusos, y la penumbra tras el escenario
lanza pájaros como un hechizo. Ahora sin colores,
el destino teme perder otros reflejos. Es posible
que un rufián entre al escenario y robe los sonidos.
La máscara se vuelve irreparable. El drama, innato.

Un banquete de escaleras y el espejo oculto
que creemos árbitro de las similitudes.
Alguien que nos envía cartas que entran por
las ventanas de los sueños, misterios colectivos que
nunca sabremos descifrar. Como espejismos
que se mueven en fichas de dominó, así
imaginamos las huellas del cuerpo y el alma que
nos convencen de que somos sirvientes del dolor.
La sangre salpicada en el mantel.
La alucinación que corre entre las líneas
de la madera, bajo los harapos de la reconciliación.
El mundo se ha vuelto impasible. Todo escrito
al revés, un pergamino final pospuesto
para quienes tardan en comprender el miedo.

¿Quién teme lo que los abismos puedan pensar
de él? Ningún dios es confiable. Quien ama
conoce la vergüenza de la impostura y el peso
del romance que ha soñado toda su vida.
Las sílabas informes de la oscuridad, que no
siempre sugieren una cosa u otra, la voz

que oímos desmayarse en la noche agotada.
Es curioso cómo el verbo nos engaña con tanta facilidad.
Ni siquiera caemos antes de que comience el vuelo.
El biógrafo es un villano que nunca perdona
las sensaciones de vacío y arrepentimiento, sabiendo
que no hay mitología sin ilusión ni burla.
Ciertos viajes me duelen el estómago, cuanto más
me aniquilan con cada desplazamiento abrupto.

Las quejas son así. Como versos deshechos.
La realidad que a menudo niega las evidencias.
La música que rasga los cielos, las cortinas
con sus ritos humeantes, el estrecho canal
por donde pasa cada metáfora y la conciencia
del mundo. Somos intolerantes, los primeros
en aprovecharnos de ilusiones y creencias.
Shakespeare, desesperadamente perseguido
por todos los asombros y ventajas del arte.
Quién permanece sepultado en su propio texto.
Quién busca a quién servir, a quién matar.
Una parte de mí me debe una lluvia de cenizas,
mis ojos están pobremente vestidos por la realidad,
nunca fui a encontrarme en los cafés convenidos.

Cualquiera de nosotros entiende que estaba destinado
a ser así: una noche correspondida por otra, un dolor
que abandona mi corazón camino a otro.
El otro que recoge las migajas del mundo.
Ni siquiera entonces podemos ser lo que se podría
llamar un hombre, esta precaria iluminación
de un sol inexistente, un sol negro, esclavo
de sí mismo. Que nos obliga a abrir la ventana
y vomitar ante un horizonte despreciable,
servidumbre que no conoce sombra de mito.
Cuando un dios admite necesitar a otro,
y los triunfos se ven oprimidos por migajas de fe.
Quien lucha, se regocija y muere defendiendo
la ribera de un río, no conoce... el río mismo.

Ninguno de nosotros sabe exactamente lo que siente.

No somos la sombra de nada. No regresamos
de ninguna civilización destruida. Tampoco hay
forma de saber dónde hemos escondido la posesión
de nuestros vagabundeos. A veces vagamos con los sentidos
de otros. La muerte nunca nos da la razón. Una fragilidad
infecta nuestro ser y no sabemos cuándo somos
hombre o mujer, un exceso impersonal de drama
en la naturaleza compasiva de nuestros lamentos morales,
dolor, simplemente dolor, por no ser lo que creemos
y seguir hablando en nombre de vanidades y fantasmas.
Hemos logrado hacer de la vida una apoteosis de la nada.
No hay forma de soñar ni imaginar lo absurdo.
Lo que cae en nuestro plato, que sacie nuestra hambre.

Con la cuna vacía. La sombra obstinada abre la puerta
y declara que nos ha estado acosando con hipótesis
que marcan la ferocidad de nuestra inocencia. Los ríos
de una inquietud que desgarran el lenguaje en dos,
entre el aburrimiento y la hipocresía, el lamento
y la codicia, ni siquiera un malestar cansa la realidad.
Quizás deberíamos buscar similitudes con el azar.
Quizás haya algo en el mundo que no sea incurable.
si miramos con atención, la cuna no está vacía.
Siempre hay algo que no sabemos por dónde hemos pasado.
Un bosque de símbolos, un anillo perdido, el murmullo
de una sorpresa ante cada cosa encontrada.
Cuántas veces estamos allí y nadie nos nota.
El abismo cae sobre sus soñadores simbólicos.

Ahora quiero decir algo muy simple: cuánto
me duele tu ausencia. Quizás una calle
crece sin saber qué rumbo tomará. O no hay
palabra sin sentido que podamos usar
para que todos comprendan tu declive.
El tiempo también será precario para esta luz.
Debes caer de otro mundo, de otra idea
de tu propia caída. Cuando algo se abandona,
se siente despreciado en su propia vida y proyecta
el infierno de este dolor que puede ser ajeno, entonces
un sueño puede demarcarse como la promesa

de una tierra que nunca imaginamos como nuestra.
Un lugar donde simplemente caer. No hay el más
mínimo significado en cada cosa que perdemos.

Porque digo esto: las cosas se van y ninguna se da
un solo significado. Nada parece existir cuando
confrontamos sus causas. A cada momento
estamos excluidos de la más mínima luz,
la representación de lo que soñamos, el esfuerzo
por un beso definido en el escenario. La luz,
absorbida por su mística infernal, orgullo
de intervalos, ¿quién crea pensar en esto? Yo tengo
un significado oculto que no revelo a nadie. Es como
decir frases al borde de la vía: ninguna señal pasa por allí.
Todo en nosotros es la chispa perenne de lo inevitable.
Una fealdad, una criatura deforme, un lugar inalcanzable,
estas respuestas exigen una inquietud sin fin.
No vine a este pozo a lamentar lo que fui.

Hasta donde llegan las voces, el solitario transeúnte
que inflige la mística violación del silencio en sus
pasos. Un camino languideciente donde la moral
infeliz asiste con caridad satánica y desenmascara
el carbón de las falsas pistas. Una siembra indecente
desmantela la maquinaria de las convicciones por un día.
Apenas somos lo que, forzando la vista, se revela.
La naturaleza humana describe el martirio
y la absoluta incongruencia de sus males. Opiniones
desvanecidas, entusiasmos socavados por sus rasgos
indescifrables. Devotos aplastados por el momento.
Los intervalos indisolubles de la agonía. Recopilo
cartas escritas y nunca enviadas. Cartas a amigos
imaginarios, a quienes dedico mi silencio.

Un torbellino de delirios con el que perturbo
los ojos que susurran las frases más extrañas.
Algunas se repiten irónicamente como la creación
más primitiva, otras como si el castigo fuera
el único método posible de mejora.
Las lágrimas también son lechosas, pues fluyen

del seno de las tragedias, y terminamos enredando
los pasillos del lenguaje, evitando regresar
a la cosecha de antagonismos de orgullo y desprecio.
El peso más pesado siempre es el que llevamos
dentro, la obsesión por una compasión inútil,
la belleza devorada por la náusea, la paja
eléctrica de los escritos que ocupan toda una vida
para habitar la memoria de un segundo.

A cada instante, el destino cambia de cuerpo y color,
sin saber ya qué siente, revelando la confusión
del escenario donde se mezclan religiones, artes
y ciencias. El público a veces bosteza, a veces reacciona
con violencia. Las tres figuras parecen despreciar
cada escena que interpretan. Ya no está claro
si la ausencia de sentido es comedia o tragedia.
La trama convalece sin la menor convicción
de esos eslóganes desgastados. Épica
a precios modestos, biografías deslucidas
de quienes confundieron acción y pensamiento.
En cuanto salimos al mundo, del primer error
creamos una obra de arte, del dolor una plegaria,
de su insistencia la bofetada que acabará con todo.

Aunque la casa es imaginaria, sus muebles
guardan secretos que enriquecen el mapa consolador
del misterio. La física habla a los sentidos. La casa
se deshace de conceptos hasta rozar la abstracción.
Ciertos libros que leímos en la infancia son el mayor
juego que dedicamos a la memoria, pinturas
que se comunican en la carne, la exactitud
que rara vez se encuentra en la edad adulta,
tan precaria en su compleja máscara carente
de coincidencias. Todo en nosotros es un viaje.
El simple viaje al mercado central, la noche que
idealizamos pasar con alguien desconocido,
los impulsos tan preciosos que no dicen nada.
Aunque imaginaria, la casa nos habita.

Cada objeto tiene un sueño que evita comentar.

Agujas sumergidas en el río de la escritura,
el sueño de la revelación mientras el sol
se extiende y un tapiz de rocas le da al paisaje
un reflejo seductor que desfigura la realidad.
A partir de entonces, nada parece igual.
Nunca. El sueño nos embriaga, hace
que una balsa invisible nos lleve de una orilla
a otra. A ambos lados del río, siempre falta
algo. Y si miramos estas orillas –un teatro
de movilidad inconsciente– el río consiste
en una orilla que nunca toca a la otra.
No por rivalidad (es verdad). Por la expresión
Individual de lo que nos debemos.

Una verdad que tarda en emerger, un fragmento
que reconstruye el vitral de las ideas fijas. Una imagen
que se nos presenta cada vez es diferente.
¿Es la memoria incurable? Más allá del escenario, ¿actuará
como otra o mantendrá el desamor repetido?
¿Qué sabemos de estas oscuridades descompuestas
ante la impotencia de las lecturas dramáticas? La escena
ausente, el teatro sucio, la demora hasta que todos...
¿Hay mejor método de improvisación en la vida?
En la habitación semioscura tenemos que imaginar sonidos,
la tristeza del bosque, la altura de la escritura,
el final de la caída de la trama, la indiferencia
de las acciones intercaladas... *–fue mi discurso,
la muerte de Lucerna, nadie apagó las luces del escenario.*

Los espejos ciertamente se enorgullecen
de las farsas que revelan, este esfuerzo de luces
que albergan imágenes desconectadas. Quizás
la vida sea un emporio de dolor, un estuche
de inquietudes. La conciencia no debería ir
más allá del delirio al que imponemos significado.
¿Miramos lo que vemos o imaginamos?
No hay daño en pensar que la vida es irreal.
El absurdo reside en convencer a la realidad
de que su inversión es una ociosidad

orgánica, una huella oculta entre pliegues,
un pergamino visto en una película, el diablo
retorciéndose como si la distancia de las calles
defraudara la perspectiva de nuestra existencia.

El fuego se extiende, como un privilegio del vacío.
Con sus termitas devorando las ventanas del aire.
Hormigas saboreando el azúcar de tantas noches.
Las razones que pierden su atractivo, versiones
que ya no vale la pena descifrar. Casi todo
ha sido visto por última vez. Incluso el sueño
garabatea en las paredes del aburrimiento: *Esta vida
fue la ilusión más triste de mis noches*. Perdí la cuenta
de los pecados evasivos, las locuras infiltradas
en la desesperación de todos nosotros huyendo
del fuego. Las viejas carretas con su carga de enigmas.
Las horas desconocidas, un mar de cenizas
que regurgita los errores más confusos de la tierra.
Las leyes alteran el alma y el viaje de las llamas.

El horror atrofia nuestras ganas de vivir. La forma
en que la sensibilidad deambula por guetos,
callejones oscuros, sótanos húmedos, panfletos sucios,
esquivando el vendaval en las calles, la creciente
propaganda de suicidios... Los árboles olvidados
confirman el fracaso de la conservación forestal.
Bernardo Soares tenía razón: *El creador del espejo
envenenó el alma humana*. Nunca sabemos qué
desean nuestros párpados del cielo. Ante
mis versos, el horizonte descubre más seres
dentro de mí de los que podría haber imaginado.
Lo que siento es otra historia pendiente. Siempre
me ha animado lo que desconocía. Pero ahora
el horror imprime sus reglas, la navaja bajo mis pies.

La lluvia distrae mis pasos, el camino es frío,
un paisaje efímero lucha por vivir lejos
de las letras del sol. No quiero saber el color
de tu alma, el lugar donde construiste la choza

de tu aspiración. Quizás te beso y envidio
algunos de tus crímenes. Pero sigo indiferente
al martillo de tus vicios. Orgullo o éxtasis,
nada que provenga del otro inflama mi espíritu.
A través de la ventanilla del coche observo pasar
los perfiles de esos fantasmas asociados a capillas,
la estupidez colectiva de actores que desfiguran
cada escena en la irónica comedia de la normalidad.
Un escenario y el mundo se derrumba. El dolor
del otro nadie lo siente. Llueve y el sol sabe quién es.

En el último sueño que recuerdo, la noche
no me reconocía en sus páginas blanqueadas
por la decepción. Poco a poco, comencé a dar al tintero
líneas donde era posible leer la presciencia
de un pasado que solo desea perderse.
Lo que imaginamos es un episodio inacabado.
Una tormenta alejada de sí misma. La noción irregular
de que solo podemos morir en otoño. La muerte
no es invariablemente una caída. Aunque cae,
aislada o colectiva, también se engaña a sí misma,
como la vida, anhelando una proporción de paradojas
que le permita existir en dos o más mundos.
Entre la vida y la muerte, el sueño es el teatro
apoteósico de la distracción: ¿vivimos o morimos?

Los espejos salen de sí mismos en busca de una
incredulidad legendaria, escaleras que tropiezan en la caída,
cuerpos que saben: los peores consejos vienen del destino.
Las luces en el bolsillo, la belleza indolente, nunca
esperamos a que la noche desaparezca y llegue el día.
Lo que somos posee la suavidad que le permite
ser mucho más. Una metafísica del azar, la luz
que emite oscuridad como señal de advertencia,
el condimento con el que realzamos el paladar.
Nos miramos como frutos de la misma ilusión,
el espejo no nos dice nada, esperando nuestra
intervención. Mientras aguardo que la realidad
sea tangible, saco mis planes del bolsillo, ya no
convierto la fantasía en una sociedad de la caída.

Hay señales de que ya hemos estado aquí antes.
Siempre como intrusos, a pesar de los beneficios
traídos a la superficie, a la tierra, al imperio de las ansiedades.
Trabajos ocasionales de una realidad que siempre se negó
a sí misma. Canales de distribución de agua, pergaminos
del sol sobre la piel de los espejos, el conocimiento de la tierra
en amar múltiples semillas. No fuimos aceptados,
compitiendo con la creación de los dioses. Agua
y semillas, arroyos y cosechas, todo era poco
comparado con la vida eterna prometida. Así que nos fuimos,
dejando rastros de nuestra presencia,
una geografía de misterios, una aceptación irregular
de que los dioses enseñaron al hombre
a destruirse a sí mismo. Nada es tan simple.

Un puñado de espejos, fugitivos de los confines
del misterio, lleva consigo las sombras que
recogieron en el camino. Algunas soñolientas,
otras desprendidas. Poco a poco, descubrimos
la metafísica de tantos trucos coexistentes.
Las sombras se eligen en el silencio de quienes
se reconocen en ellas, son el negativo de la luz,
la mesa puesta para el banquete de la oscuridad.
Las sombras no opinan, simplemente existen.
No vislumbran el entusiasmo de las palabras,
y cuando las recordamos, son como brumas,
un desajuste de signos, una voluptuosidad de elipses,
un brote de sensaciones contrastantes bajo el sol.
Sin embargo, perturban, desafían, son reales.

Romper los espejos, antes de la última oración
del día. En cualquier momento, una luz puede
apagarse, entonces nos visita el silencio,
una terrible noche silenciosa se apodera de nosotros,
camino por las esquivas calles del insomnio, pregunto
a los habitantes del abismo cuáles son mis
posibilidades de encontrar algún reflejo de la luz
que perdí, una estrella fugaz, un cuerpo
no adaptado a su nuevo hogar, la casa de

elementos a medida para la voraz especulación de los artificios. Los instintos han perdido su estatus sagrado, son una consternación, no importa a quién le interese la teoría de las maravillas o la desgastada imprecisión de las analogías. No sabemos nada.

Ahora la noche retrocede, recogiendo las vestiduras de lo desconocido. Un ocultismo a la inversa desnuda el universo. Las religiones son espectáculos diseñados para impresionar y contener el alma. Desesperamos en el regazo de las imperfecciones. Lloramos sin que nadie entienda lo que tenemos, este dolor no sentido que censura la escritura de nuestras emociones. El cielo sobre los detalles de tanta visión perdida. Al final del día, ya no sentimos curiosidad. Lo que vemos reflejado en el pozo es una leyenda gradualmente anulada por la excesiva miseria. Los libros que nos costaron la sangre abandonan sus letras siniestras. El error que nos negará.

Por eso escribir una última carta, antes de que la niebla nos consuma los ojos, antes de que nuestra vitalidad deambule por senderos sepultados en el vacío, buscando el regreso de sus pasos perdidos. No le debemos a ningún dios el tormento de estas almas. Sus rostros siempre estarán pálidos, hasta que un día aprendan a confiar en el abismo. Las noches conspiran bajo órdenes misteriosas. ¿A quién debemos escribir? Este es el gran engranaje de la vida que no hemos podido interpretar. No se trata de definir un interlocutor. Debemos creer más allá del tiempo, la tragedia de la inercia y el movimiento pendular del absurdo. Creer en el intervalo entre dos números. Escucharlo.

Nada es tan imaginario como la vida. No hay náuseas ni sed ni ninguna otra razón para creer que ella existe. Lo que vemos es más complejo que la voluptuosidad descontrolada. Los designios

físicos ya se han acostumbrado a ser parte del ego,
con su bestiario invertebrado, su matanza
al alcance de todos. Somos los personajes
infelices de una novela inacabada. Los atajos
se suprimen cada vez que intentamos ir más allá
de las ruinas, los cuerpos desgarrados o los juncos
de una figuración largamente empapada de muerte.
Día tras día, mantenemos un culto hipnótico
que se absuelve de los crímenes que causa.
Después de todo, la perversión también es imaginaria.

El libro rasga algunas de sus páginas. Dormimos
poco y nos dejamos enredar en versos que
crecen como un árbol del absurdo. Ni siquiera
tocamos el futuro, porque una savia constante
que brota de nuestra agonía vidriosa ignora
la correspondencia de los sentidos confusos.
Nadie escapa a la niebla. Solo necesitamos
establecer las trincheras del vacío. Mantener
los espejos fijos. La tierra esculpida por el caos,
la maldad de las cosas suficiente para el naufragio.
La inmensidad vacía de las cosas me encierra. La vida
de cada persona no es más que estiércol reticente.
Vine a buscar una palabra para diseccionar
el vacío. La escritura de la niebla nunca me dejó ir.



LIBRO # 4

LOS ZAPATOS DEL VIENTO

Soy fiel a esa antorcha viviente.

CHARLES BAUDELAIRE

Solo yo tengo la llave del desfile salvaje.

ARTHUR RIMBAUD

Quería un zapato en la noche, la última escena del crimen.
Quería anunciar de alguna manera que el misterio saltaba
de un pecho a otro, mientras la víctima desplegaba su agonía.
Si queremos que el mar sea vasto, tendrá que ser el fruto
de nuestra agonía, de cómo derramamos sudor,
vinos oceánicos, partículas de verdades inaceptables.
El mundo que imaginamos se ahoga en la fiebre del destino.
¿A quién queremos escribir como una noche de vastos hechos,
que mezcla la realidad con secretos infernales, que alza
el triunfo de las aversiones, que invita a algunos demonios lívidos
como figuras fugaces que no saben de dónde desaparecieron.
El dolor siempre se cubre de abismos, bóvedas camufladas
de sabiduría oblicua, la contraseña oculta en la piel
de una pintura fantástica, un lugar maldito, donde la imagen
fue descrita por un sueño tocado por el viento y la extrema
unción de todos los estafadores de la fe. Llovió toda la noche.
Los vacíos se llenaron de inmunidades religiosas,
una catedral de esfuerzos por hacer el mundo imperfecto.
A algunos se nos encomendó escribir poemas
que atestiguaran la reverberación del amor y el abominable
plan de la inmortalidad. El hombre tendría que comprender
la confusión que se le inculcaba entre el descuido
y la forma de lamentar a cada déspota que alguna vez
dejó entrar en su hogar. Como campanadas de encuentros
entre las innumerables formas de amor, los bosques
virtuales, una forma de seguir el rastro del eco, los susurros,
las quimeras familiares que hemos encontrado en otros lienzos.
Tocando tus pechos, tan completamente traicionados por el humor,
me dijeron que mantendrían viva la primavera hasta su estupor.
Como un glaciár contiene en sí la embriaguez de su ironía
congelada más allá de todos los moldes soñados. Los que lloran,
los que duermen, los que se ven completamente en medio

de este festín de llaveros que han aprendido a desentrañar
el misterio, pero por dentro ya no saben quiénes son.
Somos la luz, somos la llave, pero el infierno insiste
en que seamos más, como gobiernos sin ideales ni rostros
que revelan la pesadilla de sus bordes, su piel desnuda,
la caridad expuesta como un premio, nada más que importe
salvo saber si la muerte se atreve a redecorar su árbol de éxtasis.
Fue así, como escuchar las variaciones del silencio,
las estrategias de los símbolos que cavan agujeros en la piel,
puedo acomodar la angustia dos veces en platos de niebla.
Esto fue escrito hace dos siglos, tal vez un poco más,
cuando los verbos ardían en lo profundo de cada sentido.
Creo que hay un talón fuera del zapato. Una tierra extraña
donde todas las formas se fusionan y no reconocemos
cómo la humanidad nos afecta. Somos tan libres de decir
que el sol no reconoce las máscaras que usamos
para eliminar nuestra propia sombra, que hay un punto
de inflexión donde le decimos a la estrella débil que su noble
majestuosidad proviene de los confines de la oscuridad más insumisa.
El caos es el origen primordial de todas las plenitudes.
Las sociedades se resisten a tanto desorden y escupen
a los asesinos que nos perseguirán hasta la muerte.
Si queremos mantener el último acuerdo con las ciudades
que se extendían hasta el interior de sus hogares,
tendremos que soñar con las trompetas salvajes del mito,
los romances medievales que desgarraron sus páginas,
el artificio de los salmos, los castillos tallados en huesos,
en la inmensidad nómada de tantas figuras que representan
el orgullo de un arte ocupado pintando la noche en el cielo.
Somos el plato que pasamos de puerta en puerta, barrios enteros
seducidos por los manuscritos del abandono.
Somos deplorables en la luz que se alimenta de las chimeneas
y en el hechizo aterrador de tantos accidentes geológicos.
El mundo es una estación dudosa, instalada en el centro
de un glaciar comunitario, una erupción improvisada, un retrete
del Diablo. Nada es tan impune como la corriente eléctrica
de los éxtasis, la forma en que el abismo oculta su almacén
de filosofías, la hidráulica de los sueños, los finos dispositivos
que nos transportan de un hemisferio a otro. El fin.
Ese botón inmaculado deseado por tantos. La verdad

que explota en giros y vueltas por patios y escenarios.
El acento grotesco de los tambores metafísicos. ¿Qué genio
nos transporta ante la anunciada abolición de las mutaciones?
La violencia inalterada de la vida eterna. La alegría sonora
de estos dolores cimentados en los páramos que transitamos.
¿Nos convoca el arte a esto? ¿Al atavismo de las pérdidas,
al rugido de las repeticiones, a enorgullecernos de atravesar
generaciones reducidas a la red de las industrias genéticas?
¿Existe una agenda profética para los ritos de la insatisfacción?
Si los viajeros simplemente hojean sus miedos, ¿habrá
una comisión que les dé la bienvenida, indicando nuevos vicios?
Las grietas serán exóticas. El gran paso que puebla
los deliciosos frutos del abismo, los pechos que florecen
en la vertiginosa mesa de nuestras impresiones. Cansados
del mundo, llegamos a casa. El otoño prepara las hojas
para acoger una desnudez de banderines y tambores.
El vino prepara caricias para un alma perfumada,
yo me preparo para remar en tus aguas, el velo de tu surco,
esa abundante trayectoria del ser cuando se encuentra
en los brazos de su amante. Un festín de arpías,
secretos entrenados para todo tipo de lecho, oh, esta daga
libertina con la que arrullo la cadencia de tu desesperación,
Próspero. Olitas de virtud, un mapa que aprendió
a danzar en tu cuerpo oscuro. Tus ojos y la procesión
de hermosas mujeres en el drapeado diamantino
de sus pieles. ¿Quién me prestará un horizonte para nuestra
noche que se rija por el ritmo sin aliento de quien roza el fin?
Cadáveres de ángeles apilados a la sombra de otra pila
de autos, y te impacientas con la apatía de los lagartos
que merodean el enigmático mineral de escenas figuradas
por el sexo expuesto y la carroña de tantas piedras y sueños.
La venganza despertó temprano y salió de caza. ¿Quién recuerda
el filo de sus dientes, los pútridos restos de tanta ironía?
Era una ninfa en el giro de osarios. Como pocas,
supo comprender la ambigüedad de las pasiones humanas.
Un día despertó como una piedra suelta de su reino.
Una venganza por sus sueños benignos. Su herejía
consistió en desenrollar el tiempo, apoderándose
de la corriente que nos arrastra de un sentimiento a otro.
Sus pupilas, sin embargo, fueron arrancadas del escenario,

el teatro de las inevitables primicias, dalilas que le desgarraron la piel, mitos devorados, leyendas soberanas, litigios de terror, oscuridad de remordimientos y rumores prohibidos, venganza que contrajo tantas úlceras que generó mil flores de bilis. Desde entonces, escribió cartas a su familia. Cartas de un fin inevitable. Lamentó no haber escrito antes. Extrañaba a todos. El dinero escaseaba. Aún no tenía residencia permanente. El desierto se acerca cada vez más a su alma. Leguas de deseo por descubrir otra piedra en lo más profundo de su ser. El desgaste es demasiado intenso. ¿Es a esto a lo que nos convoca el arte? ¿A la temible cima de las montañas derribadas? Aquí no encuentra a nadie, es imposible crear un nuevo ideal de amistad, una secta, sí, tal vez una secta, la ilusión es el privilegio más cautivador de los artificios humanos. Nadie fue educado para el mal. Soy ella ahora. De alguna manera, aún deseo un zapato en la noche. Asumiré sus fracasos, los licores agrios de sus días. Enviaré cartas a su familia, dondequiera que esté. Daré alas a mis invisibles proyectos. Un balcón decorado con grillos y recuerdos de amantes. El sol no elige dónde quemarnos. Amantes afortunados, los faunos no saben dónde me escondo. Soy una daga que revela la profundidad de sus emanaciones. Cualquier veta que elija navegar. El fantasma de un río que respira con fuerza en la niebla. Te amo como la mansión llena de dragones, soy el visitante de esta ardiente alegoría. Cazador de perfumes, marcos de saliva, retratos de la muerte que ha perdido su refugio, todo se ahoga en la boca de un rito descontrolado, desde el bordado más infantil hasta la amargura más aterradora. Quizás seamos la antigua fábula, ya escrita, a veces olvidada, pero al recordarla, nos restriega en la cara la cruda realidad del más oscuro de todos los mundos que llevamos dentro. El ojo de un curioso lagarto que araña el cristal de la memoria. La infancia que se come el polvo del sertão. La piedra movediza que se dirá a sí misma: *Nunca me quedará lo suficiente en un mismo lugar, pero siempre me recordarás como una multitud de ángeles en tu pobre alma solitaria.* La ilusión es una verdadera antorcha viviente que Charles planeó para su propia vida. Cuando buscábamos el sol,

de profundos manicomios emergieron algunas bestias convencidas de sus relucientes fanfarrias, un panel subterráneo de súplicas, la tierra consagrada al vuelo, oscuridad que maullaba furtivamente, todo el engaño del mundo no es más que un desmayo en estas extrañas mesas del hambre. ¿Para esto, nos ocupa el arte toda una vida? Con cálculos eléctricos y el sodio de la histeria, las farsas métricas y los resúmenes esnobs de una vida agazapada sobre púas mágicas, el mar abyecto de esos dúos submarinos que evalúan cuánto sufre la humanidad en cada composición de misterio. La despedida decidida a ser más que un grito, un velo expuesto, una mancha en la piel del instante. ¿Cuántas veces los colores cambian de nombre para que nadie los pille en su reverso? Ninguno de nosotros respira sobre la cara de la pintura aún húmeda. Esperamos que las imágenes se posen en la piel del abismo. Como estrellas fugaces el sutil disfraz de asteroides. Al otro lado estaba Arthur, con su lupa feroz, recopilando las imágenes de la bestia que siempre imaginó ser. Ninguno de nosotros alimenta las lágrimas, el dolor infame ni el calibre empeñado de nuestros proyectos humanos. No hubo un Canaán fortuito, un paraíso separado, las iluminaciones del infierno, la maldad de estos jardines dorados. El arte nunca fue un bosque fugitivo. La célula terrorista de una infancia perdida. Las manos cercenadas del santo. Somos viajeros devorados por la historia. Meditamos en cada piedra donde gotea el ácido de nuestra locura. Nunca diremos quiénes somos. Quien nos vea, como un horno de la mirada, puede encender el conocimiento más antiguo. Desde el arroz listo en el momento oportuno hasta el engaño del horror, mantenemos nuestras manos encendidas, el desenlace del viento descalzo. El tiempo siempre ha ignorado su propósito. La muerte recoge tantos desiertos donde se esconde de sí misma. En algún lugar de la tierra habrá un hombre que solo tenga buenos pensamientos. Nunca logrará nada: sueños, agonía, disfraz. Pero siempre será parte de nosotros. Seremos parte del mismo amanecer agonizante, un cielo hambriento, el bosque espiritual y su morada más alta dentro de nosotros mismos.



LIBRO # 5

LA INUTILIDAD DEL CAOS

Nunca hemos esperado tan conscientemente
el fin de los tiempos. Las luces arrancadas
del interior de su carne expuesta, ríos
carbonizados con delirantes aguas eléctricas.
Cuando los árboles empiezan a dar frutos negros
y el corazón acelera sus dolores sincopados,
muchos de nosotros subimos a las montañas
en busca de un último refugio, una habitación
equipada frente a la desolación del alma.
Las quimeras recogen sus trajes de ensueño
y la bolsa de trucos baratos con los que llevan
milenios engañando a la humanidad.
A nadie le importó la pérdida de monedas,
las vacas sin dientes y los niños que todavía
creían en un país mejor. Sin embargo,
nos quedamos sentados esperando
que se cumpliera el juicio, que los verbos
se acumularan hasta el punto de no decir nada
más. Algunos compartieron la sopa de verduras
secas, vertiendo en ella los restos de alcohol
y picando jengibre caducado. La comida
definitiva para muchos, que se obligaron
a llorar aprovechando la sal que dejaban
aquellas lágrimas sacrificadas. Nadie esperaba
que los osos hormigueros simpatizaran
con la innumerable colección de hormigas
ni que el barro albergara algunos gusanos
que pudieran alimentarnos. El crepúsculo se reía
ruidosamente como fantasmas de hienas
masticando heces secas. El viento en las calles
fue responsable de que aparecieran recortes
de periódicos que informaban sobre ciudades
que habían recurrido al suicidio en masa.
Siempre habrá quienes se muerdan las uñas
mezcladas con alpiste, sentados junto
a los cadáveres de pájaros flacos. Quizás
por ellos, la muerte aún no ha olvidado
sus tareas y ciertas mujeres siguen creyendo
que un orgasmo puede salvar al mundo.
Las estructuras de hormigón adoptadas

como fascinantes se estaban desmoronando
debido a la lluvia ácida, mientras inmensas
placas de metal entonaban un réquiem
espantoso al caer desde los altos edificios.
Aun así, esperamos, como si imagináramos
el arrepentimiento del destino o incluso
soñáramos con el surgimiento de las cascadas
desactivadas de la ilusión hacia la cima.
Las leyendas podrían tener alguna función:
los ornitorrincos aprenderían a volar, los árboles
de acacia quitarían el polvo contaminado del cielo.
¿Quién diseccionaría los órganos sexuales
en una orgía que se extiende por la tierra,
sin celebración ni capricho, solo una caravana
nocturna que ensordece a todos con lamentaciones
sin escrúpulos? Todo lo que es raíz temblorosa
del pavor, patas ociosas de armarios
donde se guardan armas y dólares, secreción
maliciosa de los últimos besos preparados
en labios deletreados por la desesperación
y la soledad. Los tontos hicieron su reserva anodina
de anfetaminas mientras otros encendían
ensoñaciones comprimidas creyéndose sabios
mientras estimulaban su libido fantaseando
con un eclipse entre penes y vaginas. El sol solía
ser el último en ponerse y una multitud salía
a las calles a verlo ahogarse en el agua sucia
del horizonte, la piel inmunda de su figura,
la casa cubierta por un tarot decrepito,
los órganos vaporizados como una combinación
irregular de fantasmas flotando en el fango
destrozado, las mutilaciones de ranas
y rinocerontes, como fuentes abiertas
para la evacuación de placeres en gradación
creciente, hasta la palidez de los ojos
y la sequedad de las sienes –animales
muertos que traficamos a precios elevados,
crujidos del infierno, dolor vulgar.
Un día después y todo vuelve a arrastrarse,
el mismo efecto de repetición que invade

el tiempo como una cuerda disecada y muda,
el origen desconocido de las pesadillas
que condenan a la vigilia a vivir en tugurios
alterados, un hogar anónimo. Portales
sospechosos de oraciones paralelas.
Te muestro las horas manchadas y sus agujas
ciegas, el grito de las tormentas que tragan
secos los vapores cancerosos de los tejidos
vivos. Cuando veo a los murciélagos chocando
entre sí o contra los cristales sucios de las ventanas,
sé que ahora será inútil creer que las lluvias
volverán a ser cristalinas, los mares se convertirán
en anfiteatros de farsas cómicas o trágicas,
las nubes se convertirán en mobiliario
de estaciones heladas... Todo se ha convertido
poco a poco en vestíbulos calcinados, en una lista
de llagas, en un sistema excretor de malicia.
¿Cuándo habríamos despertado el esqueleto
desnudo de la pena capital, las viviendas
en ruinas envueltas en mortajas, sin saber nunca
la verdadera causa de tantos asesinatos?
Cuando hasta los más repugnantes han sobrevivido
a infames y traiciones, orígenes controvertidos
y todo lo que puede herir la ignorancia del mal.
Losas flotantes, miedo engrasado en mil placas
de silicio con su densidad mortificada.
Cuando fuimos a barrer los túneles olvidados,
el polvo verdoso mezclado con la arena
dejó al descubierto fragmentos de huesos
de aborígenes y extraterrestres, cordones
de zapatos y cadenas, extractos de cuerpos
digeridos y el carbón que fosilizó la memoria,
incluso de las larvas. Nunca hemos sido
tan conscientes del fin de los tiempos.
Igualmente falta algo que requiera amanecer
en nuestros cuerpos, una fábula, un mito,
un pétalo silencioso y desconocido
que anuncie su lenta llegada desde lo alto.
Un espacio negro se apodera de nuestra mirada,
con la jurisdicción ordinaria de los abismos,

campos balísticos, satélites necróticos.
La intensa pobreza de la imaginación
que ya no sabe disolverse en su propia médula.
Los déspotas agradecidos por el éxito
de los accidentes apelan a los espíritus
desastrosos para bendecir los pasajes desgarrados
de las oraciones antiguas, la derivación regresiva
de una retahíla de fraudes, la emisión
de presagios asombrados o la astuta maldad
de la calumnia, un relicario satánico,
un imperio de apóstatas. La desastrosa ausencia
de participación mística en marchas,
sexo en grupo y misas al aire libre.
Desde Jerusalén hasta Gaza nadie notó el roce
de las utopías, el fuego que anticipa las cenizas,
el vómito que digiere las impurezas del alma.
Castillos brotando a lo largo del camino,
las tres Marías desacreditadas, médiums
que hicieron desaparecer incluso la creencia.
La pérdida del inconsciente, la implosión
de las corrientes telúricas, la alusión al día
en que todas las cosas se desprendieron
de su modo de crear un mundo. ¿A dónde
podríamos ir, transformados en bestias
que temen el abrazo y la presencia de la noche
que late en el corazón de las sombras?
¿A dónde vamos si ya no podemos recordar
lo que acaba de suceder, el maná encantado,
las cicatrices de las curas rechazadas por todos?
Un día, un viejo antepasado con dos lenguas
se levantó bajo un velo negro de delirio
y muerte, declarando que allí había estado
oculto durante cinco mil años algo que sólo
podría ser encontrado por alguien liberado
de la bastardía y de la fatiga prolongada
de la existencia. Ahora había vuelto a ver
las piedras quemadas que cubrían el frasco,
las hipótesis fallidas de un renacimiento
del ser. Una árida guarida de desilusionados
ocultaba la etimología del misterio. La Venus

de Quinipily, la Bruja de la Guardia,
la Mater Galia, todos los templos erigidos
como centro de resurrección nazca,
las evidencias del Paraíso, los discursos
del Grande – los espejismos precursores,
los viajes antes y después del tiempo,
las runas, las primeras versiones cabalistas
de la tradición, nada más, ni siquiera
los pactos con Satanás, talismanes oxidados,
milagros destrozados, jeroglíficos
y entradas de una nueva era desangrada
en el olvido, cruzando sin Caronte,
ya no recibimos señales del más allá
ni siquiera la palpación de relojes
que improvisaron lo sobrenatural.
El silencio respira en tantos rostros ásperos
la vergüenza de la constatación: ya no tenemos
dónde vivir. No se trata de favelas, palafitos
ni otros hechos extraños. No nos interesan
los secretos del Gran Alfabeto
ni las distancias que corresponden
a las tumbas de los amores antiguos.
Todas las agencias de noticias fueron cómplices
de ocultar la piedra filosofal. A los testigos
les sellaron la boca con plomo fundido,
lo que les aseguró un aliento de incertidumbre,
los efectos televisivos de los retratos
desfigurados de héroes que se desmayaron
de miedo y que se almacenaron en las casas
cuando sus apariencias empezaron a fallar.
Es posible que alguien gritara todavía:
El fuego no habla – los grandes incendios tatúan
una fría indignación en la piel de sus víctimas,
las vértebras de tantos restos amanecen
intactas al día siguiente, hasta los desafortunados
acumulados saborean la lava que celebra
la histeria de tanta decadencia. Los hombres
trepan por cosas abandonadas a lo largo
del camino, un aluvión de imágenes desborda
las coordenadas descritas como la salida

del Infierno, escritura secreta de coincidencias,
telépatas embalsamados, emisiones de ondas
de pensamiento que nos han hecho olvidar
lo que podemos ser. Una realidad controlada
por los continuos desplazamientos, las migraciones
y la falaz estimación de parroquias siderales.
Asedios planeados por devotos como el aguacero
que sepultó las heridas más inciertas, crónica
de las huellas santificadas de la resistencia,
rueda de torturas, migajas de los últimos golpes
en aguas visionarias. Todos ardemos en secreto
en el fuego de nuestros tormentos.
Aquellos que confían en la eternidad, aquellos
estrangulados por la magia, incluso los miserables
diabólicos indignos de ningún pedazo de historia.
Cuando pasa el carro para recoger los cuerpos
podridos, no hay una porción discriminada:
quemados, hambrientos, envenenados,
abandonados, todos han cometido el mismo delito:
la devoción. Ni siquiera los suicidas fueron
engullidos por fosas separadas. El confinamiento
de los hermafroditas en laboratorios científicos
era previsible, como también lo era la demolición
de todas las estatuas de Cibeles, la madre
de todos los dioses, y también las de Afrodita
barbuda que se encontraron. Todos los libros
sagrados trajeron desorden al mundo,
maldijeron a las mujeres y consideraron al hombre
caído por no aceptar el destino. La materia
y los seres vivos estaban sujetos a las mismas
reglas y tenían prohibido viajar a través
del tiempo. Las dimensiones se confundían
entre sí, detrás de ellas la misma luz,
la expresión irresistible: cero. El vacío
se llenó de universos que eran el comienzo
de lo ilimitado, de algo tan grande y crudo,
imposible de definir. Un jardín de paradojas,
con dioses renuentes empleados como jardineros,
pero que también deben ser parte de todo,
como iniciados del caos. Los cálculos quedaron

en el olvido cuando se descubrió una brecha impredecible entre la inteligencia y el alma. Las especies tenían sus vísceras disecadas cuando empezaron a multiplicarse como las raíces de un árbol titánico que perforaba los velos, los intestinos, las placas tectónicas, la profundidad de todo lo que era observado por las lentes más agudas. Radares de instinto, tintas invisibles, regiones inexploradas, el hombre proyectó una imagen de sí mismo sin saber que ello lo conduciría a la anulación de todo, que él mismo sería su fin. Los sueños de un equilibrio constreñido, las plagas con sus páginas alteradas, las perchas de la agresividad atómica, las piedras con su gestación rebelde, los líquenes llameantes, las criaturas ruidosas que vagaban por el planeta eufóricas en la obra de la destrucción. Alquimistas ancianos descritos en revistas enfáticas escritas por polillas hambrientas competían por distinciones y ganancias creando elixires de eternidad y máquinas para filmar el futuro. Un día salieron en busca de una nueva vida. Los acertijos cayeron del espacio. Cadáveres de naves espaciales, fragmentos de huesos tubulares, profecías magnéticas. El futuro nunca ha parecido tan reciente. La antigua civilización cayó en descrédito. Cristo se multiplicó llevando siempre en la mano la clave de un enigma deslumbrante, adagio impertinente: *Si revelara todo lo que sé, tal vez quedase absuelto y el pasado sería otro*. Él sabía mejor que nadie que los dioses, los iniciadores del horror, eran humanos. Esto eliminaría etnias enteras diseminadas por la corteza terrestre, sus cuevas estelares y sus islas flotantes. Los dioses crearon una sociedad secreta donde decidían con quién compartir los granos, esclavizarlos o consumirlos. Los dioses eran sodomitas y propagaron

enfermedades por toda la piel del tiempo.
Convencieron a algunos de la existencia de lugares
predestinados y escribieron tablillas para ellos
instruyéndolos sobre técnicas de execración
y canibalismo. Las fuerzas vitales empezaron
a inhalar un olor escandaloso e inmoral, un peligro
que había que evitar. No tenía sentido aceptar
estas aberraciones. El hombre ya no podía
reconocerse en la imagen reflejada
en las superficies espejadas. Quizás realmente
estemos llegando al final de algo. Los gritos
de todas las crisis, pandemias, posesiones,
de las que no pudimos deshacernos. Los sellos
de las catástrofes, la guerra de guerrillas,
los sobornos, las lágrimas estampadas
en los rostros atomizados, el hollín de las jaulas
suspendidas, la ociosidad teñida de amargura,
a nadie le dijimos que éramos nosotros.
La influencia oculta de los soles mecánicos,
las fábricas de sacrificios, un réquiem armonizado
por inteligencia artificial para aquellos
que no supieron bailar con la muerte.
Hay realmente un sentido estratégico
en las palabras que nunca dejamos de inventar,
dispositivos aturdidos rescatados de pantanos,
sonidos apagados de dolor en expansión,
el universo inundado por el vómito de las serpientes,
una palabra decapitada incapaz de encontrar
un capullo en el que reposar. El modo en que
se disipan las dicciones, nódulos letales en dialectos
ahogados, heridas del silencio, todo aquello
a lo que estamos conectados, romance de flagelos,
trucos angustiosos que duelen sólo por doler,
como árboles que han perdido sombra y savia.
La escritura de las estrellas que nadie sabía leer,
las letras que pasaban muy deprisa, confusas,
bajo un ruido maldito y lechuzas que advertían
que el musgo se extendía como una leyenda
deshecha, una era patética confinada a lomos
de torbellinos, grafos aturdidos hilados dentro

y fuera de la tela con la que tal vez quisiéramos
entrelazar predicciones y desdichas. Olvidamos
todo, en el momento en que las ollas empezaron
a resquebrajarse, como estrellas oscuras, las tablas
sangrando, seis pies bajo tierra, siete orígenes
renegados, un vaso rasgando los mares,
las habitaciones azules, las falsas creencias
en fantasmas y resurrecciones, llegamos a la nota
más alta de los perjurios, ya no era posible
estar aquí, redactando obituarios y falsos
testamentos. Yo aún quería amarte o arrastrar
tu sombra inválida por el subsuelo de los comentarios
menos excepcionales, ratas royendo estrofas,
cuevas inmundas, digresiones superficiales
de orina, heces de tiempos diabólicos. Todos fuimos
amenazados de muerte a manos de un mensaje
artificial, capitulados bajo las marcas de un número
falso, órdenes firmadas con nombres
que no pertenecían a nadie. Este fue ciertamente
el fin de los tiempos. Estatuas sacrílegas murieron
ante nuestros ojos, tan difamadas como los trabajadores
que talaron bosques para improvisar tumbas
para los extubados que florecieron en el suelo
cruelmente infectado. Tal vez era hora de recuperar
los hornos. Quizás los mercenarios y los soldados
podrían dar algún sentido a sus trabajos.
No importa. Cementerios racistas, navajas
desafiladas, las últimas casas pegadas en mapas
fraudulentos con un sol bastardo anclado
en ramas córneas que revuelven formas y colores.
Los ríos se dejan llevar por sus riberas forjadas,
como iglesias con sus cruces invertidas y cielos
decapitados antes de que acabe la luz. Por encima
de los sueños están las casas robadas, los hogares
tomados por el crimen fortuito, los santuarios
incorpóreos, las lágrimas saladas de los refugiados,
cuántas veces contamos las anfitrionas y no
identificamos sus borraduras, el engaño seguido
de los impuestos, la usura de las balanzas.
Cuánta pestilencia repartida entre los sin techo,

los sobrevivientes de todo tipo de desastres,
cuánta muerte derramada en el suelo, cuánto
refugio inhóspito, redes virales, abrazos pervertidos,
cuánta carga gangrenosa dentro de nuestros
corazones. La vida es una erosión diaria. El futuro
también está lleno de agonías, los calendarios
manipulados por orden de los papas y otros
vasallos, los relojes que decretaron nuevas
urgencias al mismísimo Satanás, las cajas
con amargas sentencias que se repartían de puerta
en puerta, sin que nadie pudiera rechazarlas.
El futuro ha hecho que todas las hipótesis
sean inaceptables. Todas las ilusiones quedaron
mortalmente heridas. La vigilia tenía órdenes
de secuestrar fantasmas con apariencias irritantes.
No tenemos a nadie a quien agradecer. Nosotros
mismos acabamos con todo. El séptimo sello,
la quinta dimensión, el tercer imperio, la primera
ley de la termodinámica. Los números pares
se volvieron indivisibles, el azar escribió su propio
libro de inquietudes, que era también un tratado
sobre la propulsión astral y el estrabismo
de los telescopios espaciales. Los locales fueron
perdiendo la correlación con sus miedos
y veneraciones, lo insólito se había vuelto abyecto,
a nadie le importaba más la revelación o descripción
de sus trucos. Se han encontrado esqueletos
humanos en legendarias excavaciones fluviales,
pegados a las páginas de lo que resultó ser un manual
de levitación. ¿A dónde iríamos antes de la última
caída y la gran evacuación? El hombre siempre
ha estado en todas partes, pero su alma
ya no estaba en ninguna parte. Algunas ciudades
subterráneas finales parecían estaciones de escape,
con restos de barcos ocultos bajo la piedra
caliza. En otras cuevas se encontraron algunos
papiros descoloridos, donde lo poco que se podía
leer eran rutas hacia cordilleras nunca
identificadas, manuscritos venusianos, cálculos
de velocidades improbables, registros de seres

anfibios que analizaban todas las formas
inevitables del fin. Puntos de degradación
que muchos de nosotros aún pasamos sin saber
exactamente hacia dónde ir. ¿Todas las mutaciones
son realmente hereditarias? ¿Hasta dónde llegaremos?
Poco a poco los mitos se fueron volviendo ciegos
y fuera de alcance. Nadie podía irse a casa ni dudar
de su suerte. Las historias sobre el fin del mundo
causaban terror por donde pasaban, el clero
aclaraba que eran ficciones baratas, los videntes
advertían que, aunque algunas eran reales,
era necesario evitar la histeria colectiva.
Los gobiernos habían perdido desde hacía mucho
tiempo la autoridad moral para combatir
las excentricidades. No serían ellos quienes
desacreditarían el apocalipsis. La muerte mantuvo
abierta comunicación con todas las profecías.
Las voces más oscuras informaron de los flagelos
oscuros, de las autopsias engañadas, de las dosis
letales que ensordecieron las mutaciones,
de la huida de los demonios acusados
por iniciados infames. Los artificios invocan
siempre poderes inadmisibles, y nunca
pensamos en las desviaciones de la ciencia
como en un huevo de mirada ferviente
que sella en su interior el polvo oscuro
de la historia. La magia oscura de los vuelos
quemados. Relojes traficados como máquinas
de viajar en el tiempo. A través de vidas inútiles,
el hombre nunca se cansa de ser el arquitecto
coaccionado de su propio exilio. Garabatea
en botellas que lanzan a la sed de los mares
la pregunta desdeñosa: – *¿De dónde venimos?*
Ya nadie tiene ningún secreto que contar.
Los fantasmas son conscientes de miedos
que ellos mismos nunca han superado,
como las faquires que exhibían en los *music-halls*
los calambres de sus sacrificios actuales.
Seres misteriosos que ni siquiera las serpientes

sabían imitar en un sarcófago dorado. Las formas
despiadadas de amar a los dioses como víctimas
de una transmutación impura. Los trapecios
se lanzaron al aire, la noche estaba indecisa
entre el calor y el frío, el cuerpo sereno de Paloma
cayendo como de un sueño. De su última imagen
creamos el raro elixir para toda la vida.
Por muchas lágrimas las noches permanecieron
en silencio, en las luces que nadie se atrevía
a escalar. Los viejos payasos enterraron sus máscaras,
desgastadas de tanta risa. Abracadabras agónicos,
retazos del corazón roto de la bailarina que dejó
la vela encendida sobre la mesa del carro,
hasta que el fuego forjó una superstición absurda
en el universo cósmico de un circo suburbano
que poco a poco se convirtió en un banquete del caos.
La oscuridad desbordó sus venenos por toda la región,
con juramentos cuyo origen no podía verse.
Para algunos era un sistema de gusanos que corroían
la más mínima evidencia. Los dedos desgarrados,
las letras espaciadas, la ceguera impresa
a una distancia que nadie podría soportar.
Todo era desconcertante a medida que se alejaba
de nosotros, como horas pospuestas para que
ya no pudiéramos encontrar el diamante
con sus átomos fracturados. – *¡Sal de aquí!* Las voces
apagadas escaparon a la curiosidad de los físicos.
Sus rumores fueron atribuidos al Diablo, que había
aprendido a falsificar los estigmas antes de su huida
a las laderas sagradas. Pero nadie juega así
con tantas razas deformadas, tantos fenómenos
ocultos, las bolas de fuego alucinatorias y el castillo
de naipes donde nos juzgaron y decapitaron.
Un anciano se levanta del suelo, saca la bala que tenía
alojada en la frente y espera que pase la sombra
de quien lo asesinó. La joven gitana devuelve
a su vientre los tres niños muertos que había dado
a luz después de leer las cartas que anunciaban
su maldición. Las ciudades siempre han sido
atropelladas por vendavales, tormentas de envidia

y los sellos de una miseria que recorre cada casa,
con disfraces prodigiosos que no se repiten,
hachís enlatado, prototipos disecados de una guerra
santa, virtudes con sus drogas milagrosas. Los cebos
alucinógenos sonrieron desde el estante de hierbas
de la cocina. Físicamente siempre hemos estado
bajo el mismo influjo, el mismo pico eléctrico
desactivado que las neuronas habían asimilado
como un reflujo esquizofrénico. Los siglos
se acumulan en cada sótano, nunca escapamos
de nosotros mismos. Las escuelas de brujería
se convirtieron en laboratorios nucleares.
Brindamos por la inconsciencia, la codicia
automática y el desmayo, las alcantarillas
por donde las ciudades regurgitaban a los muertos.
Un día empezamos a adorar a falsos dioses,
las migajas faraónicas, por carreteras
siderales transportamos hachís y fracasos,
toda la fortuna lejana que nunca forjamos
lo suficiente para tener en nuestros bolsillos.
La riqueza del mundo es una duda infructuosa,
un páramo donde una anciana riega sus fantasmas
y la contaminación que se ríe de los intentos
de conquista extraplanetaria. El astrónomo
Guglielmo llegó a afirmar que estos fantasmas
Venían de Marte y que sus cuerpos intangibles,
la lividez de sus gestos, no eran más que una táctica,
un truco inteligente, para evitar ser linchados
por nosotros. La muerte, sin embargo, ya había
sido vencida. Los que quedaron en la tierra
vagaban como rayos desactivados, semillas
desajustadas y otras impurezas multiplicadas
por la nada, desechos psicóticos, gases fríos
que se perdían en medio de una apresurada
estampida de momias. – *¿No hay nada más?*
A medida que las sociedades secretas fueron
retiradas de la última zona militarizada,
las hipótesis fueron distribuidas en latas
según la última tradición de la escritura. No había
manera de recuperar China ni Estados Unidos,

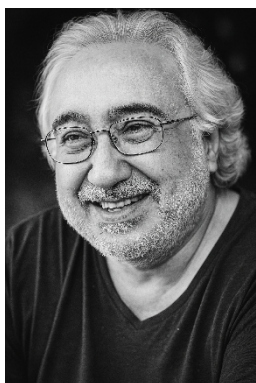
era imposible separar los reinos y las confesiones de la Caída. La ausencia de consanguinidad ya no causaba disturbios. La ciencia, el arte y la religión compartieron la misma tumba poco profunda, compartieron los mismos cañones infectados, los mismos insectos radiactivos, en el desierto sin insignias, ni tablillas, ni ningún otro significado inexacto. Desde cuevas lejanas resonaba un mantra: – *¿Quién vendrá a nuestro encuentro...?* Y el silencio, un estruendo desgarrador de silencio que no correspondía a nada. Ya no había nada que buscar en las profundidades de los océanos ni dentro de uno mismo, era intolerable distinguir a la humanidad y sus cápsulas de destrucción. A las formas susurradas al oído del tiempo, alguien siempre pregunta por qué hemos durado tanto, qué razón habría pospuesto la desesperación de estos hombres-dioses en sus roles secundarios, una raza esclavizada por humanoides crueles, gentes irrelevantes que dieron su hogar a lo peor de sí mismos. El esqueleto del futuro y sus lágrimas prehistóricas. Ni siquiera la muerte tuvo la oportunidad de ser auténtica. Desde el día en que los hombres descubrieron que sus milagros eran más eficaces que los prodigios catalogados en nombre de algún dios virtuoso, a prueba de toda discusión, de que era posible engañar a la vigilia, enmascarar las leyes físicas, dormir sobre el fuego, imitar un pájaro y un banco de anguilas, ya no había ninguna predicción ineludible, en cualquier momento sería inevitable escapar a la destrucción. Todas las creencias existentes fueron archivadas y los nombres perdieron su alegría vital. No se previó que el hombre caería tanto, que viviría más que los dioses, teniendo muchas más habilidades que ellos. Ancestros dominados por leyendas o saturados de pecados, no hicieron caso a la tinta

del destino, se dividieron la tierra entre ellos
por más estaciones de las que sus huesos podían
soportar en vano. Una astucia demoníaca consagró
ese exceso a un culto que erradicaría todo legado
de caligrafía biológica. Tuve un sueño, el mismo,
una y otra vez. A los 33 años, Jonás había descubierto
el sexo en el estómago de una ballena, cuando
compartió con Clarice la suma de todos los números
que había recogido de otros naufragios. El sexo
y su obsesión descontrolada, sus límites
que correspondían a las muecas de Clarice.
Cuando se fue, Jonás se alojó en la última habitación
de un hotel barato. Sólo quería releer todo
lo que había escrito. Simplemente no pudo evitar
las puertas que había cruzado. El espacio frío
y abierto de las horas en que estaba
dentro de Clarice, con su piscina de sueños
y una orquesta de orgasmos. Magia ignorada.
Cuando las ciudades comenzaron a ser destruidas,
se descubrieron los cuerpos y vimos las huellas
de los cables eléctricos de este misterioso amor.
Algunas de las ciudades más conocidas estaban
en la televisión y nosotros estábamos allí.
Lo vimos cuando Jonás nos visitó por primera vez
y cuando su mirada lejana nos juró que un día
volvería a reparar los escombros. Estábamos, pero
no hicimos nada. Jonás fue simplemente tomado,
las sombras silenciadas, sus hazañas olvidadas,
las heridas reabiertas, las emanaciones manchando
los cielos. He soñado tantas veces con Jonás
y el conjuro de una naturaleza pensante, sus mujeres
quemadas desnudas, los libros que dictaba
y que eran modificados, y las señales del fin del mundo.
Soñé con telépatas y oráculos, con santos
y prostitutas y sus torrentes silenciosos. Yo era
el gran soñador, antes de que mi nombre fuera
arrojado a la misma tumba que Jonás,
como una paradoja impensable del universo.
Se pintaron escalones para recibir los velos
de la más fúnebre de las noches, con torturas

y dudas, hazañas prolongadas hasta el fracaso,
símbolos devorados por las sombras, himnos
de turgente oscuridad, letras negras, ideas conspiradas,
las historias fueron condenadas, las madres
se desangraron en posesiones, los retales
se esparcieron como números sin perspectiva.
El final era tan inevitable que ya no siguió sus propios
dogmas, ni imprimió sus Biblias, ni buscó ampliar
su rebaño. La imagen de las culpas que depositamos
en los demás, los restos del dolor que no aceptamos,
las manchas que han desdibujado las garantías
del horizonte. Porque un día éramos dioses
y nos dejamos arrastrar por pulgas virtuales,
pagando por sexo y libertad, ideologías
y desesperación, la loca dieta de la evolución.
Ni siquiera lamentamos no haber considerado
el recordatorio de Pan de que todas las sociedades
caen siempre en disolución, bajo la acusación
de palabras gangrenosas, la moral deshaciéndose
de sus arcanos mayores, padre y madre
muertos a tiros en la alternancia del poder,
la herencia y el simulacro de todas las tradiciones.
Siempre habrá muertos que cobijemos, esperando
el momento en que podamos asegurarles
una eternidad feliz. Los hombres y los dioses,
los más íntimos, nunca se toleraron. El *Rig-Veda*,
el *Corán*, el *Pentateuco*, el libro de Cipriano,
el *Dhammapada*, por dondequiera que iban
los árboles recogían sus canciones, el pacto
con las semillas que sabían inevitable el último
estruendo, los fetiches indivisibles, los broches
de la penuria entre campanas impuras,
los continentes exterminados, el esmalte sin valor
de las moradas celestiales, los árboles –higueras,
robles, olivos, acacias, cipreses– supieron siempre
que un día ni siquiera el mito invertido bastaría
para evitar la caída. Nadie heredaría nada.
Las fuentes de la vida fueron también fuentes
de la muerte. El mismo regazo por donde corrió

la sangre que una vez fue menstruación seca.
Los árboles que crecimos escuchando cantarnos
los suaves fenómenos de la existencia, aunque
la Cábala advirtió que nos vestirían para la muerte,
el surgimiento del conocimiento no fue
la bestia repugnante, no fueron sus alientos
flotando en el vacío los que nos pusieron a prueba
entre el pasado y la locura. El hombre, vestido
con otra piel, al cerrar los ojos, conoció al burro
que se ignoraba a sí mismo, el impulso necio
de la depravación, los primeros proverbios del mal,
la devoción a todo lo que reflejaba su propio
beneficio, las letras y las castas, la transformación
de los elementos, la ilusión de una droga
de inmortalidad, el castigo de todos los placeres,
escaleras que juraron a los dioses que nunca
alcanzarían. Los árboles sabían que un día
perderíamos el punto de partida de todas las vidas,
que seríamos sujetos de una espiral del mal.
Algunos árboles fueron arrojados al mar
en botellas que, aunque rara vez se encontraban,
no se podían abrir. No bebemos su savia en la dosis
adecuada. No conocemos el valor de las simetrías.
Tememos al primitivo como si fuera algo
que vivió para algún día dividirnos.
Estábamos ligeros, justo antes de tirarlo.
Hoy sabemos que los genocidios universales
nunca podrán evitarse. Una avalancha
de radares anuncia que llegará la hora 666,
cuando la propia bestia caerá de su trapecio.

SOBRE EL AUTOR



Floriano Martins (Fortaleza, 1957). Poeta, editor, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*, revista de circulación en Internet. Coordinó (2005-2010) la colección “Ponte Velha” de autores portugueses de Escrituras Editora (São Paulo). Actualmente dirige el sello ARC Edições, así como la colección “Libros Imposibles”, esta última junto a Juana M. Ramos, una asociación, con circulación virtual gratuita, entre *Agulha Revista de Cultura* y *EntreTmas Revista Digital*, en Nueva York. Organizó algunas muestras especiales dedicadas a la literatura brasileña para revistas de países hispanoamericanos: “Narradores y Poetas de Brasil”

(Blanco Móvil, México, 1998), “La poesía brasileña bajo el espejo de la contemporaneidad” (Alforja, México, 2001), “Poesía brasileña” (*Poesía*, Venezuela, 2006) y “Voces femeninas de la poesía brasileña actual” (*La Otra*, México, 2024). También organizó la muestra “Poesía peruana en el siglo XX” (*Poesía Sempre*, Brasil, 2008), siendo corresponsable de las ediciones especiales “Poetas y narradores portugueses” (Blanco Móvil, México, 2003), “Surrealismo” (*Atalaia Intermundos*, Lisboa, 2003), “Poetas y prosistas venezolanos” (Blanco Móvil, México, 2006), y “El silencio alusivo de Eros. Erotismo en la poesía brasileña” (*Esteros*, Uruguay, 2024). Ha estado presente en festivales de poesía realizados en países como Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Portugal y Venezuela. También trabaja con fotografía, collage y diseño, habiendo realizado exposiciones y diseñado inúmeras portadas de libros. Curador de la Bienal Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), Concurso Nacional de Poesía (Venezuela, 2010) y Premio Anual de la Fundación Biblioteca Nacional (Brasil, 2015). Profesor visitante en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Alfonso Peña, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes destacan: *Fuego en las cartas* (poesía, España, 2009), *Escritura conquistada. Conversaciones con poetas de América Latina* (2 volúmenes, entrevistas, Venezuela, 2010), *Memorias de Borges – Un libro de entrevistas* (2 volúmenes, entrevistas, Brasil, 2013), *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *O iluminismo é uma baleia* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), y *Sombras no jardim* (prosa poética, Brasil, 2024).

ÍNDICE

Imaginar la realidad, por César Bisso...6

Libro # 1 – El expreso de las noches...14

Libro # 2 – La derrota de las causas...33

Libro # 3 – La escritura de la niebla...45

Libro # 4 – Los zapatos del viento...61

Libro # 5 – La inutilidad del caos...68

Sobre el autor...86

El largo alcance del fin

FLORIANO MARTINS

El largo alcance del fin no es un libro escrito por la urgencia del deseo o la presunción del profeta. Tampoco adhiere a ningún dogma, ni religión, ni postura insurrecta. Menos aún, a perseguir brujas y fantasmas. Está hecho a flor de piel, bajo el tórrido sol de la libertad y la justicia que concede la palabra poética. Su escritura fortalece nuestro encuentro con la verdad, que sólo podremos hallar en nosotros mismos. Y nos conmueve su duelo con la realidad, la cual deberíamos revertir como un guante, desde adentro hacia afuera. No hay otra instancia para sostener dignamente la conciencia entre tantas desdichas y malas intenciones. De allí, la transcendencia de la poesía: dice lo que ve.

Para este lector, no queda nada de donde pueda explicar el motivo esencial que llevó a Floriano Martins a concebir la idea de mirar al mundo desde el fondo del poema. No es un simulacro de la creación; es un decir certero, un relámpago de palabras que denuncia la existencia de los siete pecados capitales que reinan entre nosotros. No todos los humanos pueden sonreír ante la fortuna, no todos conviven en la hipocresía y el cinismo, no todos combaten la miseria y el hambre, no todos son portadores de piedad. Pero, gracias al sonido de la conciencia, siempre existirá el buen amor que repara y enaltece el alma de los infelices.

Aprecio la sinceridad de nuestro poeta. Este libro significa el comienzo de otra vida que sucede dentro suyo. Lo anima a continuar un sendero de flores y espinas. No buscando el rumbo, sino amparado por la luz de la sabiduría. Y por más que lo culpen, nunca lo hallarán culpable.

César Bisso

COLECCIÓN POESÍA PARA DESCARGAR